F2305
.V45

The Library
of the
University of North Carolina

Endowed by The Dialectic

F2305
.V45

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

F2305
.V45

This BOOK may be kept out *TWO WEEKS ONLY,* and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

Manuel Landaeta Rosales
al Sr Gral. Ramon Tello
Mendoza

TRES PRÓCERES

DE LA INDEPENDENCIA

F2305
.V45

GRAL. MARIANO MONTILLA, PRO. JOSÉ FÉLIX BLANCO, DR. FERNANDO DE PEÑALVER

KJ
C

PUBLICACION HECHA POR LA JUNTA DIRECTIVA DE LA

APOTEOSIS DE MIRANDA

CARACAS
TIPOGRAFIA "EL COJO"
1896

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/tresprceresdelai00vene

JOAQUIN CRESPO,

PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LOS ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA

En cumplimiento de lo dispuesto en el artículo primero del Decreto Ejecutivo de 11 de febrero de 1876, y averiguados los lugares donde se hallan los restos mortales de los Ilustres Próceres, Generales Mariano Montilla y José Félix Blanco y Dr. Fernando de Peñalver, á tiempo que se juzga la Apoteosis del Generalísimo Francisco Miranda una oportunidad propicia para rendir el especial homenaje de admiración y cariño que la Patria debe á la memoria veneranda de aquellos beneméritos campeones de la Libertad Americana,

Decreto:

Artículo primero. Se fijan las 10 de la mañana, del día 3 de julio del presente año, víspera de la Apoteosis del Generalísimo Francisco Miranda, para la traslación solemne al Panteón Nacional de los restos de los Ilustres Próceres de la Independencia, Generales Mariano Montilla y José Félix Blanco y Ciudadano Eminente Dr. Fernando de Peñalver.

Artículo segundo. La procesión triunfal al Panteón partirá de una Capilla Ardiente, que será eri-

19262

gida en el salón donde celebra sus sesiones la Cámara del Senado, y en la cual serán expuestas convenientemente las urnas desde el primero del mismo mes de julio con los mayores honores que permite el Código Militar.

Artículo tercero. De la formación del Programa especial para la traslación de los restos al Panteón y su colocación en él, se encargará la Junta Directiva de la Apoteosis de Miranda en el Distrito Federal, la cual dispondrá que estos actos figuren en el Programa general de la mencionada Apoteosis.

Artículo cuarto. Para disponer todo lo relativo á la exhumación de los restos, hasta dejarlos situados en decente urna en la Capilla Ardiente, y para determinar los sitios que han de ocupar en el Panteón y hacer preparar las correspondientes lápidas con las condiciones de ley, se nombrará por Resoluciones separadas una Junta especial en lo referente á cada uno de los tres grandes patricios é Ilustres Próceres.

Artículo quinto. Todos los gastos que ocasione la ejecución de este Decreto, así como los que provengan de las Resoluciones reglamentarias de él, serán hechos por cuenta del Tesoro Nacional.

Artículo sexto. El Ministro de Relaciones Interiores queda encargado de ejecutar el presente Decreto.

Dado, firmado de mi mano, sellado con el sello del Ejecutivo Nacional y refrendado por el Ministro de Estado en el Despacho de Relaciones Interiores en el Palacio Federal, en Caracas, á 20 de mayo de 1896.—Año 85º de la Independencia y 38º de la Federación.

JOAQUIN CRESPO.

Refrendado.—El Ministro de Relaciones Interiores,

J. Francisco Castillo.

GENERAL MARIANO MONTILLA

GENERAL MARIANO MONTILLA

MARIANO MONTILLA

Mariano Montilla, General de División, ha fallecido á las siete y treinta y cinco minutos de la noche del 22 del presente mes, (septiembre de 1851) en esta misma ciudad, en donde nació el día 8 de septiembre del año de 1782.

Sus padres, el Dr. Juan Pablo Montilla y la señora Juana Antonia Padrón, lo educaron con ternura y especial esmero, y el Sér Supremo le dotó de elevados talentos, de alma fuerte y de un corazón generoso y denodado que entero consagró á su patria, y que en nada se menoscabó hasta el último instante de su vida.

Perfeccionada su primera educación en esta Ilustre Universidad, y adornado de todos aquellos conocimientos generales que los estudios académicos proporcionaban en aquella época y en el sistema colonial de estos países, un teatro más extenso debía servir al desarrollo completo de sus nobles inclinaciones, y fue éste el motivo que le separó de la casa paterna para trasladarse á la Metrópoli española, en que permaneció algunos años de su brillante juventud, incorporado en el distinguido cuerpo de Guardias reales de Corps que se encontró en la guerra con Portugal el año de 99, bajo las órdenes del Príncipe de la Paz, habiendo sido herido el joven Montilla en el sitio de Olivenza.

Pocos años antes de la transformación política de Venezuela, regresó á su patria con licencia del Rey, y por necesidad de acompañar á su familia en los últimos días de la vida de su padre. La muerte de éste, acaecida poco después, le obligó á tomar á su cargo los negocios de su casa y los cuidados de la familia, correspondiendo así á su digna madre los que ella le había prodigado. Entonces solicitó y obtuvo del Monarca su separación absoluta del servicio; y, desprendido de todo compromiso de honor con el Gobierno de la Metrópoli, sus ideas pudieron dirigirse libremente á animar y favorecer las que empezaron ya, en época inmediata, á mover los ánimos de los que habían de ser los fundadores del Gobierno libre de Venezuela.

Su ilustración, su valor, su cultura, su amabilidad, su juventud, le rodearon de numerosas simpatías en la ventajosa posición social que ocupaba su familia, relacionada con las más notables y distinguidas del país. El pensamiento de la independencia de la América, si bien no nació á su vista, pues ha existido en tiempos anteriores á los de su final desarrollo, encontró en él y en esa familia de decididos y constantes patriotas, las disposiciones necesarias para fecundarlo y robustecerlo. Así aparece el General Mariano Montilla en 1808 entre los primeros promovedores de la revolución, honrado con la persecución y prisiones que sufrieron en esta ciudad los Tovares, los Toros, los Ribas, los Ibarras, los Leones, los Ustáriz y otros de las más ricas familias y de los más ilustrados ciudadanos, á quienes de los sucesos de la Península, consecuentes á la cautividad de los Reyes españoles y los planes de dominación universal, concebidos por el hombre extraordinario de la Europa, anunciaron la época de la completa emancipación de la América.

Aquellos eran los próceres de la revolución, los defensores de la causa del pueblo, los legítimos representantes de la nacionalidad americana en esta región del Nuevo Mundo, que habían de comprome-

terlo todo por ella y por la libertad y la República. —Rango, aspiraciones, fortuna, la tranquilidad y la vida misma, fueron la hermosa ofrenda que presentaron á la patria cautiva y oprimida, en gaje de su lealtad y para adquirir el honroso título de sus primeros y más denodados servidores, título que no perdieron jamás y que la posteridad les conservará adornado con la gloria de los sacrificios, de la constancia y de las más heroicas virtudes.

El 19 de abril de 1810, aquellos mismos patriotas perseguidos dos años antes, realizan el pensamiento de Independencia y Libertad en vano combatido por el poder de un Gobierno, á quien no quedaba otro recurso que la guerra, ni otra fortuna que la derrota, lidiando con almas de este temple. Allí estaba el joven Mariano Montilla ocupando su puésto, el primero del peligro y del valor, y acaudillando á la ilustrada y briosa juventud caraqueña, cuyo entusiasmo por la patria y la libertad la conducía naturalmente á acompañarle en su arrojada y gloriosa empresa.

Afortunado, pacífico fue aquel primer paso de la Revolución. En él brilló con rasgos de generosidad y de desprendimiento el carácter venezolano, nunca después desmentido en tantas circunstancias críticas, en que, sobreponiéndose, él sólo, á las pasiones y á los intereses encontrados, ha puesto siempre la oliva sobre los laureles del guerrero, dando el ósculo de paz á los hermanos extraviados, ó extendiendo una mano compasiva al enemigo rendido. Mas el hombre previsivo que conocía lo arduo de la empresa y las resistencias y dificultades que debían presentarse para llevarla á término, no podía engañarse con la serenidad y esplendor de aquel día, como no puede engañar el cielo despejado de una hermosa aurora en la estación de las tempestades. El General Montilla conoció desde luégo cuál era su destino; y aunque su notoria capacidad, sus compromisos y todas sus cualidades, le hacían completamente idóneo para los empleos civiles en aquellas circunstancias,

en que se organizaba por primera vez el gobierno propio en este país, prefirió empuñar la espada y contribuir á la organización de la fuerza armada, que es la primera medida y la primera necesidad de las revoluciones, que no se afianzan sino por el triunfo en los campos de batalla. Animoso, no temía el combate; modesto, no aspiró á los primeros puéstos de su carrera; amigo del orden y de la disciplina militar, vio con gusto el mando superior en aquellos que por su antigüedad y su carácter marcial estaban llamados á figurar en los rangos elevados del Ejército. El antiguo Guardia de Corps recibió el despacho de Teniente Coronel de Caballería de los Ejércitos de la patria, y fué á crear un cuerpo, á disciplinarlo y á prepararlo para la campaña.

Sus previsiones no eran infundadas; y, resuelto á morir ó vencer por la libertad y por su honor, daba el ejemplo más seductor en medio del entusiasmo general que convirtió en guerreros, y más tarde en héroes, á los hijos de Venezuela. Pero aún no había llegado el período de la guerra, sin embargo de que no faltaron enemigos interiores que disponían en secreto planes pérfidos de una reacción sangrienta.

Todo parecía en calma, mientras que los activos patriotas aprovechaban el tiempo para complementar la revolución con la declaratoria solemne de la Independencia. Este grande acto debía proceder de un Congreso nacional que se convocó al efecto y en que vinieron á deliberar, como sucede siempre, los hombres débiles con los más resueltos y algunos contrarios que revestían su opinión interesada con los atavíos de la prudencia. En las elecciones primarias, en los Colegios electorales, en el Congreso mismo, en tantos actos de sorprendente novedad para la antigua colonia española, se necesitaban el constante auxilio, el pensamiento, la voz, la dirección de los ciudadanos fundadores, del nuevo orden de cosas, depositarios entonces de las grandes ideas, y foco, puede decirse, del fuego sagrado del patriotismo, que

cobraba fuerzas en sus corazones para encender los del pueblo y producir con aquella vehemencia que admirará la historia en un país de esclavos, la decisión, el entusiasmo, el olvido de sí mismo, la más ardiente pasión por la independencia y la libertad.

Atento siempre á la marcha de la revolución, no perdía un instante, ninguna oportunidad, ni medio alguno, para llenar cumplidamente los multiplicados deberes que le imponían la situación y los abundantes recursos de que podía disponer por sus relaciones con lo más selecto y granado de la sociedad, por su popularidad, hija de su carácter amable á la vez que firme y decoroso, y por aquella sagacidad para conocer los hombres y las circunstancias que le ha distinguido siempre, no menos que por la facilidad y atractivo de su expresión insinuante cuanto cauta y prudente. En lo doméstico, en lo público, en las confidencias de sus amigos íntimos y en los círculos más extensos en que la nueva política tomaba cuerpo y se arraigaba entre sus compañeros de armas y entre los hombres de Gabinete, en todas partes y de todos modos se le vio ejercer con éxito las funciones de este apostolado de libertad cometido á aquel grupo privilegiado de ciudadanos que rompieron con mano fuerte el yugo de la esclavitud y de la ignorancia.

De esta manera, en poco más de un año, las siete provincias de la confederación venezolana uniformaron sus votos, declararon formalmente su independencia de la España y de toda dominación extranjera, y constituyeron un gobierno representativo, basado sobre los principios de igualdad y libertad que habían de caracterizar á todos los del continente americano. Que esta fue la obra de aquellos eminentes patriotas en cuyos pechos nunca se anidó ningún interés personal, y que todo lo pospusieron ó lo sacrificaron á los principios humanitarios del siglo y á la gloria de su patria, lo prueban abundantemente su constancia en la adversidad, su consecuencia en los días de triunfo y prosperidad; y,

sobre todo, la prodigiosa multiplicación de sus prosélitos, que formaron esa hermosa falange que debeló en cruda guerra el poder español. Sólo la virtud en su más alto grado de energía con su admirable abnegación, en su pureza brillante que no permite ninguna mancha, es capaz de inspirar esa fe que no duda del triunfo y hace envidiable el martirio: á ella únicamente pertenece esa facultad de conmover de improviso á los pueblos sumidos en la ignorancia, y ese poder de atracción que une á los hombres, débiles en su aislamiento, para hacerlos fuertes, perseverantes é invencibles.

Desde la reunión del primer Congreso electoral de Caracas hasta el memorable 5 de julio de 1811, en que se extendió por el Congreso la grande Acta de nuestra Independencia, el General Mariano Montilla, como sus ilustres compañeros, no se permitió un momento de reposo. Era aquel el período más crítico de la Revolución: iba á rasgarse el velo con que la prudencia cubrió los primeros pasos de ésta: no estaban solos en la escena los principales actores, los hombres fuertes, de corazón y de inteligencia, que la principiaron. Era necesario persuadir, alentar, entusiasmar. El suceso podía malograrse por la indecisión sola. Ilustrar al pueblo, fortificar el ánimo de sus representantes, impedir las tentativas de nuestros enemigos interiores, hacer frente á las medidas represivas del Gobierno peninsular que ya habían principiado, mover, en fin, todos los resortes de la política y los del sentimiento, estar en todo, no descuidar nada, hé aquí la tarea laboriosa del patriotismo sublime de nuestros próceres. La República estaba concebida, pero aún no se había dado á luz, y Venezuela se encontraba en aquellas circunstancias graves é imponentes que acompañan á las transformaciones políticas, como sucede siempre en el origen de los grandes acontecimientos que cambian la naturaleza de los seres físicos y morales, entre la vida y la muerte. Nada quiere dejarse entonces al acaso: se pretende dominar la fortuna si

es posible, ó por lo menos, alcanzarla con los más exquisitos servicios, halagarla con tesón incansable, aprovecharla hasta en los más pequeños accidentes.

Un solo pensamiento, un solo negocio ocupaba los ánimos de los habitantes de la capital en aquella crisis; pero la confianza general reposaba sobre los caudillos, que por su parte se manifestaron siempre dignos de ella. Interesante sería la historia que presentara los diversos trabajos que ejecutaron estos ilustres venezolanos en aquellas circunstancias, y sentimos que el género de este escrito y la rapidez con que lo hacemos, no nos permitan consignar en él los hechos, ni aún con relación á nuestro respetable conciudadano, cuya biografía apenas podemos bosquejar. Mas, no omitiremos hacer aquí mención de los patrióticos y singulares esfuerzos que con sus oportunos avisos é ilustrados consejos prestó al buen éxito de aquella empresa, y en los conflictos posteriores, hasta su muerte, en 1851, la señora Juana A. Padrón, digna madre del denodado General que acabamos de perder. Dotada de grandes talentos, de una imaginación viva, de una fuerza de espíritu capaz de dominar en toda eventualidad las más graves dificultades, figuraba honoríficamente al lado de los más eminentes ciudadanos, y les inspiró, más de una vez, la confianza que necesitaban, mostrándoles el camino que debía seguirse y los resultados que producirían necesariamente sus indicaciones. Y como á aquellas cualidades tan sobresalientes, reunía las gracias de su sexo, la elegancia en sus modales, la finura y la amabilidad en su trato, sin abrigar pasiones odiosas, sino el más vehemente amor á su patria y el deseo más vivo de que el gobierno que planteaban sus hijos y sus amigos estuviese adornado desde su cuna de ideas humanitarias y liberales, y de la firmeza, decoro y dignidad que idolatra siempre el corazón de la mujer elevada, ella fue un tesoro de recursos y su casa un centro de actividad política, en que tomaban fuerza las com-

binaciones felices y se neutralizaban los sentimientos bastardos que suelen engendrar, hasta en las mejores almas, los disturbios civiles, para no dejar tras sí más que complicaciones, arrepentimiento y vergüenza. Consagró á la causa de la Independencia todo cuanto le pertenecía, reservándose sólo aquella fina benevolencia con que trataba á los desgraciados y á que tenían derecho algunos pocos de sus amigos que no lo fueron de su causa. De ella ha referido ya la historia aquella memorable y sublime despedida de sus hijos, en que dominando la ternura con que los amaba, les dijo, cuando partían por la primera vez en defensa de la Patria: "NO HAY QUE COMPARECER EN MI PRESENCIA SI NO VOLVEIS VICTORIOSOS:" rasgo de heroísmo, semilla fecunda sembrada en terreno análogo y bien preparado que debía dar los más abundantes frutos.

El General MARIANO MONTILLA dejó entonces el teatro de la política, en que tan hábilmente había servido, para empezar á cumplir su propósito de sostener la Revolución en puéstos más peligrosos. En su carácter de Teniente Coronel de caballería, asistió á los primeros hechos de armas que amenazaban, al nacer, la Independencia de Venezuela. Los españoles vecinos de Valencia se sublevaron, y fortificaron aquella ciudad el 11 de julio de 1811 por consecuencia de la Acta de emancipación sancionada por el Congreso general, revolución combinada con la que se descubrió el mismo día en esta capital y que fue ahogada al estallar por el entusiasmo del pueblo. La suerte proporcionó al General MONTILLA recoger las primicias del triunfo, batiendo y desalojando á los enenemigos en el cerro de la Fagina, en los Valles de Aragua, en donde se dispararon los primeros tiros contra la libertad, y la satisfacción de entrar con el Ejército en Valencia después de otros encuentros en que los enemigos quedaron por fin vencidos y rendidos á discreción.

Terminada esta corta y feliz campaña, tuvo que ausentarse del país en comisión del Gobierno que, ne-

cesitando armamento y municiones, y más que todo, procurarse las simpatías de los mandatarios en las colonias extranjeras inmediatas, le creyó el más á propósito por todas sus circunstancias para desempeñar este delicado encargo.

Entretanto Venezuela, apenas constituida en República bajo el sistema federal, sufre los estragos causados por el terremoto de 26 de marzo de 1812, y en seguida la desgraciada guerra en que tanto aprovecharon á los enemigos el terror que produjo aquel acontecimiento y el fanatismo religioso de los españoles que lo explotaron en favor de su dominación. La república quedó destruida á presencia de un ejército de más de doce mil hombres que la defendían contra un puñado de aventureros, por los errados cálculos del Generalísimo Miranda, en cuyas manos puso su suerte en la inexperiencia de aquellos tiempos.

Gran dicha fue para el General Montilla no haberse encontrado presente en aquella catástrofe, salvándose así de la pena de ver destruida la obra de sus esfuerzos y de presenciar y sufrir los desafueros y crueldades con que se señaló el jefe español Monteverde con impudente violación de los tratados de San Mateo.

Pero hemos dicho mal, aquella no fue la destrucción de la República: fue solo una calamidad, la aberración de un hombre, un revés que no podía tener la fuerza de anonadar los ánimos de los que habían abrazado con fe y entusiasmo la causa de la Independencia, que era ya para aquel tiempo la gran causa de toda la América. Por el contrario, acrisolaron esos lamentables hechos el patriotismo venezolano, sublevaron las más nobles pasiones en los valientes pechos en que el amor á la libertad y el odio á la tiranía habían excluido todo temor y enaltecido el sentimiento hasta el heroísmo. Los unos se gozaban en sus prisiones y deseaban la libertad para poder morir combatiendo: los otros que habían escapado del cautiverio, si no envidiaban el honor de los que sufrían, se habrían creído degradados no volando á las armas. Aquel trastorno fue necesario: por él se deslindaron los

amigos de los enemigos, y la perfidia arrojó su máscara. Los hombres de la rutina, las reputaciones usurpadas, los especuladores políticos que estorban en los grandes movimientos que no brindan sino honor y gloria, cedieron el puésto al genio y al patriotismo verdadero, á los hombres de misión positiva ante quienes se colocan en los tiempos de bonanza como para embarazar con su egoísmo los designios de la Providencia.

Brevísima fue la tregua de la sorpresa. El genio que se descubre súbitamente en los conflictos, no espera que se le revista del poder que él tiene en sí. Marcha y le siguen todos, manda y todos le obedecen. Para él no hay obstáculos, su prudencia está en el arrojo, su justificación en los resultados: Ministro de Dios ve claro el porvenir: su valor es irresistible, sus sucesos son rápidos, el amor que produce en los buenos es el terror de los malos, y con estas dos armas formidables se apodera fácil y gloriosamente de las posiciones inexpugnables. Con estos caracteres aparecen casi á un tiempo el magnánimo Mariño en el Oriente y el gran Bolivar en el Occidente de Venezuela á principios de 1813: la victoria se fatiga para seguirlos en su carrera, en que arrollan cuanto se les opone. Ambos tienen la gloria de hacer conocer al tirano Monteverde el poder de la libertad: el primero lo derrota completamente en Santa Rosa el 25 de mayo; y el segundo lo anonada el 31 de julio en los Taguanes, y lo obliga á encerrarse cobardemente en las fortalezas de Puerto Cabello. El 4 de agosto celebra Cumaná los brillantes triunfos de Mariño y la libertad de los Estados de Oriente; y, el mismo día 4, Caracas proclama con entusiasmo el triunfo de la República y la libertad de todo el territorio venezolano.

Tan rápidos fueron los movimientos de aquellos dos caudillos, que no pudieron saberse en el exterior sino por el ruido de sus victorias, y el General Mariano Montilla, que, apenas recibe la noticia de estas lides, vuela á incorporarse en los Ejércitos de su patria con el sentimiento de no haberse encontrado en ellos desde el principio de tan anhelada reacción, llega

sinembargo á tiempo de probar que su ambición de servicios era digna de asociarse al genio y á la gloria de Bolivar.

Las derrotas de Monteverde no son sino el principio de una nueva campaña con enemigos más terribles, entre quienes el execrable Bóves es un genio infernal que no ha de desaparecer sino después de marchitar nuestros laureles, anegar la tierra en sangre y legando á la tiranía un horrible triunfo en su último combate, en que perece, herido sin duda por la mano de Dios, que sólo pudo dirigir en medio de sus huestes victoriosas la lanza vengadora de uno de nuestros valientes para purgar la tierra de aquel monstruo.

La sangre venezolana se derrama á torrentes, el fuego de las batallas no cesa un solo día, Venezuela entera es un solo campamento en los años de 13 y 14. ¡Cuántos horrores! ¡Cuánta gloria! Venezuela aniquilada, postrada al fin á los pies de sus tiranos, había combatido sin descanso: los cadáveres de sus hijos cubren insepultos su extenso territorio: no hay género de tiranía, de ultraje y de crimen que no se haya cometido contra ella. Gozáronse los déspotas! Mas cuánto se equivocaron! Mucho había perdido, mucho había sacrificado para que no quedara asegurada su Independencia. El General Montilla asiste á toda esta tremenda campaña y se distinguió en la heroica defensa de la Victoria, en el combate de Charayave, en el largo y glorioso sitio de San Mateo, en la batalla de la Sabana de Ocumare, en la de Boca-Chica y en la primera de las siempre felices de Carabobo.

La fortuna abandona á los valientes hijos de la patria; la barbarie reemplaza á la libertad, y los héroes que no mueren van á buscar mejor suerte en playas distantes para volver á vengar la tierra natal. El General Montilla arriba á Cartagena con otros de sus ilustres compañeros para defender allí la misma causa; pero, aunque esforzados y heroicos siempre, no había llegado todavía la época del premio. Largo debía ser el período del merecimiento y no les era dado conseguir otra recompensa que la gloria del valor y de la

constancia en los reveses. De la Península se desprende un ejército victorioso que se llamó "Pacificador" aunque su encargo era continuar la guerra de los Bóves y Morales, y desolar nuestras regiones, é imponer nuevo y más pesado yugo. Fiel á su misión el General Morillo, la desempeñó como se lo permitieron las circunstancias, hasta que regresó á su patria sin un soldado, sin un laurel, con la vergüenza de la derrota, con el arrepentimiento de su infructuoso terrorismo en el corazón. Bien le anunciaron este término sus primeros esfuerzos contra la plaza de Cartagena que no logró rendir sino después de un largo asedio y de numerosos combates, en que acreditó el General Mariano Montilla no sólo valor, más también serenidad imperturbable y la posesión de aquellos recursos que en la extremidad de los males, que se multiplican en una plaza sitiada, dan la inteligencia en el arte de la guerra y el conocimiento del corazón humano.— Hasta la última extremidad defendió aquella importante plaza en unión del heroico General Bermúdez y de otros célebres venezolanos y granadinos, que prefiriendo la muerte á la capitulación á que los estimulaba el sitiador, evacuaron la plaza por entre los fuegos de los enemigos de tierra y de la numerosa y fuerte escuadra que cerraba la salida por mar. El General Montilla sustuvo con fuerzas muy inferiores esta memorable retirada, emprendida el 6 de diciembre de 1815, después de ciento cuatro días de estrecho sitio; y tuvo la satisfacción de dejar burlados la superioridad numérica y los esfuerzos de los españoles, y de llegar á la tierra extranjera, cargadas sus débiles naves de esqueletos vivientes, animados sólo de su patriotismo, aunque con el dolor de haber visto perecer, en el tránsito, de inanición á varios jóvenes guerreros, dignos hijos de la libertad y ornamentos de nuestra historia; pero con más gloria, sin duda, que la que pudo tocarle al vencedor de Cartagena; con aquella gloria que merece la magnanimidad y que brilla con luz viva en las grandes desgracias para no eclipsarse jamás.

Suspendióse la heroica lucha. Desde el Táchira

hasta el Orinoco los españoles dominan en todas nuestras ciudades y pueblos. El silencio de las tumbas ha sucedido al ruido de los combates, y la inacción de la muerte se presenta caracterizando aquel estado de postración en que quedó Venezuela fatigada, oprimida, despreciada también por sus crueles enemigos. El vencedor pronto subyuga toda la Nueva Granada, y las regiones colombianas todas quedan bajo su ominosa espada, sujetas á su capricho sanguinario, siendo un crimen el civismo, el saber y hasta la virtud modesta que no se prostituye. El orgullo del soldado extranjero no tiene límites, y en su demencia, desconociendo toda política y hasta las leyes más comunes de la gratitud, erige cadalsos para los hijos de la Patria que comprendieron sus derechos y no tienen para recompensar á los mismos que por ignorancia ó debilidad les ayudaron á vencer y perseguir, sino el baldón y el desprecio, justo castigo por otra parte de que nunca se exime la traición, ni la pusilanimidad.

El General Mariano Montilla va á buscar un consuelo, á retemplar su espíritu en la fuente misma de los principios de libertad americana que habían dado el estímulo al resto del continente. Se traslada á los Estados Unidos del Norte. No es que buscara el descanso que bien merecían sus fatigas y las desgracias de que había sido testigo y víctima. El quiere interrogar por sí mismo al genio de aquella República dichosa, y cómo reconvenir á la fortuna, en su mansión predilecta, del olvido á que condenaba las regiones del Sur, de que no se había apartado su pensamiento ni su corazón. Allí comprende que el secreto del triunfo no está sólo en la constancia, sino en la unión, y que el orden, que mantiene la paz, es todavía más necesario en la guerra, y es también el elemento poderoso en las revoluciones mismas, que sólo prevalecen por la unidad de acción, y para sustituir el orden que triunfa al orden que se quebranta. En vano, huyendo de las rivalidades, que una ambición noble había produ-

cido ya entre los caudillos de su patria, creyéndose cada uno con vocación y virtud bastantes para dirigir, cuando la suerte aún no había dado á ninguno título suficiente para ocupar el primer puésto en el inmenso trabajo que á todos interesa, pretende consagrar sus servicios á la libertad de Méjico. En vano se une á la expedición del valiente y arrojado español Espos y Mina, que, deplorando la esclavitud de su patria, como él deploraba la de la suya, está animado del mismo ardiente deseo de combatir la tiranía en el Nuevo Mundo, llamado á ser libre, á sepultar en los mares que lo dividen de la tierra de los opresores, las cadenas ignominiosas de esclavitud y superstición que le vinieron de allá, á ser el asilo de los hombres virtuosos perseguidos y el centro de la fraternidad humana, en que, sin distinción de razas, ni de naciones, todos habían de encontrar los mismos derechos, las mismas garantías, los mismos goces, frutos de una civilización tan nueva como su independencia, tan suave y esplendente como los climas tropicales y sus hermosos horizontes. Méjico no estaba preparado: tampoco era Mina, á pesar de su generosidad y de su valor, el caudillo para aquel tiempo y para aquella sección destinada á marchar al acaso, sin principios fijos, entre la tutela de sus mismos dominadores independizados por pasiones ó por ruindad, y el virtuoso anhelo de sus hijos por la verdadera independencia, teatro de tantas ambiciones en que habían de verse las más extrañas peripecias, entre el Imperio y la República. La expedición fracasó mientras que Bolívar, corriendo en línea paralela de Montilla desde que se separaron en Cartagena, reconvenía á su propia estrella y buscaba en su propio genio, en la tierra libre de Petión, los recursos que necesitaba, que nunca le presentaran más abundantes su misión providencial y su fe en los destinos de la América, que llegó á parecer temeraria hasta la obstinación, sino en los grandes conflictos, en que justificó siempre el renombre de Libertador con que

le había condecorado su patria. Lo más selecto de la oficialidad que acompañaba á Mina viene á incorporársele en la suya por influencias del mismo General Montilla, que, reputado digno rival de la fortuna del Grande Hombre de la América del Sur por todas sus brillantes cualidades, cree hacer el más grande servicio á su oprimida patria, abandonando á su noble amigo toda la dirección de aquella atrevida tentativa, que, aun frustrada, había de merecer, á los que tomaban parte en ella, gloria envidiable.

Bolívar sale de los Cayos el 23 de marzo de 1816 con aquel reducido número de valientes que el infortunio arrojó á los mares, y que creyeron ver la patria que habían perdido en donde estaba el Libertador, cuya esperanza, nunca debilitada, tenía la facultad de trasmitirse á cuantos le rodeaban. ¿Pero á dónde se dirige esta cruzada de libertad, que no tiene de grande sino el arrojo y el contraste entre el número insignificante de los que la forman, y las crecidas y victoriosas fuerzas del poder español, que parecía haber afirmado por siglos su dominación? Bolívar sólo sabía en dónde debía principiar la nueva carrera de aquellos pocos héroes, reliquias de tantos combates, familiarizados con los peligros, que iban á buscarlos, y para quienes la inacción, durante el cautiverio de su patria, era más insoportable que la muerte, era crimen é ignominia. La Providencia debía inspirar á Bolívar, y le revela su voluntad en los sorprendentes movimientos de Margarita. Aquella isla, sin recursos, sin nombradía en las campañas anteriores, toma el camino de la desesperación. Oprimida por un Ejército aguerrido y numeroso que ocupaba todos los puéstos fortificados y rodeada de la escuadra castellana que no le permitía ninguna comunicación con el exterior, único punto que llamaba la atención y excitaba la ira del orgulloso conquistador que hollaba tranquilamente el continente, parecía destinada á servir de escarmiento en estéril lucha y á ser humillada y desolada. Bolívar no puede pisar sus playas: sus pequeñas y dé-

biles naves no están preparadas para combatir y no pueden escaparse á la vigilancia del enemigo; y dado el caso de que pudiera desembarcar la preciosa cuanto reducida expedición, sólo serviría para dar un momento de satisfacción al denodado Arismendi y á aquel pueblo de héroes, en que no hay sexo ni edad que no hayan preferido una muerte cierta á la degradante esclavitud. Pero para perecer juntos y sepultar allí toda esperanza, ¿no hubiera sido preferible encaminarse hacia otros lugares y distraer al enemigo de aquel en que devoraba con todas sus fuerzas su única é inerme víctima? Así habría juzgado la prudencia común, la que con estrecha escala mide y compara los riesgos, la que se limita á una situación y que para calcular los resultados no cuenta con el poder extraordinario con que todo lo avasalla el que se siente arrastrado por el genio é impelido por su destino. Bolívar repite en el Oriente los mismos prodigios que anunciaron su nombre en 1813 en el Occidente. Para él no hay fuerzas navales que no rinda, ni otro poder que el suyo desde que pisa á Margarita: todo se reanima con su presencia, y se abre la larga campaña de ocho años, que, principiando con la libertad de Margarita, termina con la libertad de toda la América del Sur por la batalla de Ayacucho.

Venezuela entera siente la venida del Libertador. De los bosques y de los desiertos, en donde se habían refugiado los valientes capitanes que quedaron de la pasada contienda, salen estos ansiosos de renovarla bajo un plan combinado, desde los llanos de Casanare hasta el Golfo-Triste en el interior, y desde Ocumare hasta las riberas del Orinoco en el litoral. Casi á un tiempo, los guerreros venezolanos hacen latir el corazón de la patria con la fuerza de otros tiempos á sus voces de venganza y libertad. Ahí están todos los héroes que viven. Cada uno presenta una nueva hazaña en ofrenda al Dios de la Independencia.

Sólo falta el General Mariano Montilla que que-

da á su pesar retirado de los suyos en país extranjero, haciendo el sacrificio de la parte que le corresponde en tanta gloria. Pero esta era precisamente su ofrenda, y no de menor mérito en aquella época, en que para hacerla, por desvanecer toda sospecha de miras ambiciosas que pudiesen turbar la unión y la obediencia ofrecida al Libertador que había sido elegido Jefe Supremo de la República, se resolvió á aceptar todos los sacrificios que su consumada prudencia imponía á su patriotismo y á su amor propio. Cuánta fue la pena y la inquietud en que quedara este brioso Jefe en aquella especie de voluntario ostracismo, que tanto vino á honrarlo después, sólo puede comprenderse comparando sus hechos anteriores, desde antes del 19 de abril, y los que después le elevaron al más alto grado de honor y nombradía, con aquella triste situación, incalificable y singular. Era el valor, la noble venganza contra el enemigo común, la consecuencia del honor, el patriotismo indómito de los fundadores de la República, encadenados y amenazados de desconocimiento y olvido: era la horrible pena del náugrafo que siente encallar la nave en imprevisto escollo, y perdidas todas las esperanzas de arribar á tierra á la vista del puerto. Pero el hombre superior nunca se abate, y encuentra en el fatalismo, especie de religión de las almas grandes, la fortaleza que necesita para creer que todo puede conducirlo á la próspera fortuna. Este sentimiento vago é instintivo de la robustez de su espíritu, si no le evita el sufrimiento le ayuda á conservar su serenidad, para no equivocarse sobre la oportunidad y el modo de volver á la obra comenzada, sacando luégo partido de la desgracia misma. Así el General Montilla padece pero aguarda y espía el momento favorable para hacer más grandes servicios á la causa de la Independencia.

Probada de este modo su prudencia y no quedando duda del desprendimiento que recomienda sus esfuerzos, se presenta como un patriota de principios, se dirige á Margarita en 1819 y se incorpora á

la División que organizaba el General Rafael Urdaneta quien le recibe con demostraciones de fina amistad y consideración, y lo asocia á su importante comisión, encargándole de su Estado Mayor, en cuyo destino fue confirmado luégo por el LIBERTADOR con el ascenso á Coronel vivo y efectivo, y el empleo de Ayudante general del Estado Mayor general del mismo Jefe Supremo.

La División Urdaneta estaba destinada á ocupar la ciudad de Barcelona, y la ocupó efectivamente á costa de dos acciones en la misma ciudad y en el Morro, en las que el General MONTILLA aprovechó la ocasión de manifestar sus cualidades militares, y recordar á sus compañeros de armas la bizarría y pericia con que sabía manejarlas. Inmediatamente marcharon aquellas fuerzas á poner sitio á Cumaná, y después de haber atacado las baterías de Agua-Santa y de otros encuentros con las fuerzas que defendían la ciudad, sin el éxito que se prometían, por no haberse podido combinar las operaciones á causa de la divergencia de planes entre los Jefes que debían cooperar á ellas, durante la ausencia de BOLÍVAR, que á la sazón se encontraba ocupado en más graves atenciones en territorio granadino, se movieron hacia Güiria y Maturín, y por último fueron llamados sus Jefes á Angostura, capital entonces del Estado, muy avanzado ya el año de 1819.

Habíanse reunido en aquella plaza muchos de los principales Jefes y ciudadanos, con motivo de la instalación del segundo Congreso de Venezuela, convocado por BOLÍVAR, y cuyas sesiones había abierto él mismo el 15 de febrero de aquel año, con el objeto de FIJAR LA SUERTE DE LA REPUBLICA DÁNDOLE UNA CONSTITUCIÓN LIBRE Y CAPAZ DE ELEVARLA Á LA ALTURA DE SU DESTINO NATURAL. La guerra había calmado su actividad y pudo permitir al General MONTILLA su separación de las filas, para ir á prestar su contingente en negocio tan grave, en que se interesaban vivamente todos los que, como él, cargaban con el peso de la responsabilidad de la gran revolución;

y movíale más especialmente á estar cerca de aquella Asamblea constituyente, la circunstancia de hallarse en ella, como representante de la provincia de Cumaná, su hermano el General de brigada Tomás Montilla, que había reclamado su cooperación. Era también de grande importancia en días tan solemnes, la defensa de aquel punto que debería llamar por lo mismo más particularmente la atención del enemigo. Prestigio y seguridad dieron al Congreso, á más de opinión y auxilio para sus trabajos, los ilustrados patriotas que le formaron un círculo respetable de grande influencia en los pueblos y en el Ejército.

El alejamiento del Libertador, en la rápida campaña que dio libertad á las provincias centrales de la Nueva Granada, produciendo algún desaliento y desorden en Angostura, dio lugar á novedades peligrosas, de grave carácter, que produjeron la renuncia del Vicepresidente Zea, violentada por los que además hicieron cargos á Bolívar por el abandono, que criminosamente le imputaban, de sus altos deberes en Venezuela. Ya engañada por las apariencias, ya arrastrada por el temor de ver atacado aquel punto por los enemigos, según propalaban intencionalmente los descontentos, una mayoría del Congreso autorizó aquel momentáneo trastorno; con lo que consiguió evitar otras consecuencias que pudieron ser fatales. La conducta del General Mariano Montilla en estas ocurrencias probó de una manera espléndida la nobleza de su carácter, la solidez de su patriotismo, la rectitud de su juicio. Conociendo las facultades legales del Libertador y la importancia del plan que se había propuesto ejecutar, sin traspasarlas, desaprobó la desconfianza que llegó á apoderarse aún de personas que se habían manifestado siempre muy adictas á aquel caudillo, á quien por su parte estaba resuelto á ayudar como merecían sus esfuerzos, sus talentos y su fortuna. De esta manera, y con sorpresa de los que juzgan superficialmente á los hombres y á los acontecimientos, el General Montilla

acabó de desvanecer la idea de que existiera una enemistad personal entre él y el Libertador, por meras diferencias de opiniones sobre la dirección de los negocios, en tiempos y circunstancias que habían pasado y en que cada uno se creyó en su derecho haciendo uso de la libertad é independencia de carácter que los distinguía, estimulados de las circunstancias críticas en que se encontraron y del ardor con que ambos procuraban el acierto para el triunfo de la causa común.

Aún permanecía en Angostura el General Montilla, cuando meses después llegaron las más faustas noticias de la expedición del Libertador y de su triunfo completo en la Nueva Granada. El mismo Libertador vino el 11 de diciembre (1819) á presentar al Congreso sus laureles, á protestar su desprendimiento y sumisión á la ley y á significar el deseo de los granadinos de unirse á los venezolanos en un solo cuerpo de nación. El entusiasmo y satisfacción que inspiraron aquellas nuevas: la presencia del vencedor, que nunca fue más generoso olvidando las calumnias y debilidades de sus amigos y compañeros de armas: la creación y proclamación de la República de Colombia, que se celebró el 17 de diciembre (1819) con la efusión de los más puros sentimientos, en la esperanza del más halagüeño porvenir; y el nombramiento de los altos funcionarios, en consecuencia de aquel grande acto de unión de dos pueblos que no dudaron ya de su completa emancipación, hicieron olvidar y borrar absolutamente las impresiones que dejaron los disturbios, que apenas tuvieron brevísima existencia.

En momentos tan gloriosos se volvieron á ver Bolívar y Montilla, cuando éste se presentó con el cuerpo militar para felicitar al Presidente de la República, sin permitirse en tales momentos ninguna especial insinuación, guardando siempre las leyes del propio decoro y dignidad. Correspondía á Bolívar manifestar á su antiguo amigo el grado de estimación y confianza que quisiera dispensarle en la ele-

vada posición en que se encontraba, pareciendo imposible que pudiera aspirar el corazón humano á más alta satisfacción y gloria. Supo apreciar el Libertador, acostumbrado á sentir y comprender la delicadeza que sólo dan la educación y el honor, la oportuna reserva del General Montilla; y al despedirse el numeroso cuerpo militar, le rogó que permaneciera algún tiempo más. Apenas quedaron solos, separándose el Libertador de toda etiqueta oficial, expresó los sentimientos de aquella misma amistad que los unió en su juventud, con demostraciones de la más íntima confianza y afecto, á que correspondió Montilla lleno de aquella satisfacción que se experimenta al ver desvanecidas prevenciones infundadas y restablecida una amistad procedente de relaciones de familia, del trato de la infancia y de simpatías que fueron más poderosas que el tiempo y las preocupaciones que los dividieron. En estrecho y sentido abrazo quedó allí renovada esa amistad para no entibiarse jamás; y, como para hacer partícipe al General Montilla de la gloria que le rodeaba por las recientes hazañas que celebraba la República, le encarga Bolívar allí mismo de la libertad de Cartagena y de toda la costa granadina del Atlántico, cuya importante empresa no era de mérito inferior á la que él acababa de realizar en el corazón de aquellas regiones, y debía servir para afianzar las victorias obtenidas y perfeccionar la obra del pensamiento colombiano.

A ningún otro habría cedido Bolívar, en su insaciable sed de gloria, la que para él debía tener especial atractivo por todos los antecedentes que son conocidos en la historia de sus campañas y por los sucesos mismos que le obligaron á salir de aquella plaza en 1815, y que debió recordar vivamente en esta entrevista. Munificente fue Bolívar en esta ocasión, manifestando de aquel modo todo lo que puede el sentimiento en un corazón de héroe. Así lo comprendió también Montilla, que, no cediendo en generosidad á su ilustre amigo, reservó, lleno de

agradecimiento, dar las más inequívocas pruebas de su cordial adhesión en todas las situaciones de su vida, habiendo tenido la dicha, como veremos después, de presentarle las más satisfactorias y persuasivas de sólida y tierna amistad.

Inmediatamente el Presidente BOLÍVAR le reviste de facultades omnímodas (orden de 14 de diciembre de 1819), pone á sus órdenes la legión irlandesa que había llegado á Margarita, y, como queriendo asimilárselo y presentarlo á la consideración de la República como otro ÉL, consocio de su poder y digno aspirante á su propia gloria, dispone que los empleados y Jefes á quienes se dirija obedezcan sus órdenes como emanadas de su propia autoridad en todo lo que tiene relación con la expedición de que le encarga, elección de Jefes, movimientos, recursos pecuniarios y cuanto pueda ofrecerse en las diferentes CIRCUNSTANCIAS y CASOS que puedan ocurrir.

MONTILLA parte de Angostura autorizado por el Gobierno y colocado por BOLÍVAR en la posición en que podía desplegar su genio, sus conocimientos, su amor intenso á la independencia de su patria, y las virtudes cívicas y militares de que ya había dado muestras y que necesitaban más extenso campo en qué brillar y trasmitirse á los que ven como una honra servir á sus órdenes y recibir sus inspiraciones. Hasta entonces nadie sino él se había encontrado en situaciones semejantes á las que habían dado á BOLÍVAR nombre y fama. Sucré sólo aparece después, elevándose á tanta altura, de en medio de esa constelación de intrépidos capitanes, cada uno de los cuales es un héroe y dota á la historia de la América del Sur con hechos prodigiosos de inaudita audacia y de inmortal memoria. ¿Qué faltaba á MONTILLA para llenar el deseo del LIBERTADOR de darle el primer lugar en su corazón y el más cercano á su gloria en la estimación de sus conciudadanos? Nada por parte de BOLÍVAR: nada del lado de las dificultades, de que debía depender todo el merecimiento: lo demás debía ser su propia obra.

Los inconvenientes empezaron á encontrarse en Margarita. Sólo habían llegado algunos pocos individuos de oficialidad y tropa irlandesa destinada á aquella campaña, pues los cuerpos de Margarita no debían moverse de la isla. Era preciso esperar la llegada del resto de la legión extranjera, y para el 4 de marzo, en que el General Montilla dio la vela para Río-Hacha, no constaba sino de poco más de 400 hombres. Tampoco alcanzaban á 200 los venezolanos que se agregaron á aquella pequella fuerza destinada á ocupar la plaza más fuerte de la América del Sur. Y aunque el Libertador no descuidó el auxilio que podía prestarse á esta difícil empresa, haciendo marchar por el interior, hacia el Magdalena, otras fuerzas que al mismo tiempo habían de desalojar á los españoles de los diversos puntos que ocupaban desde el Cauca hasta Ocaña y Mompox, dominando un vasto territorio y la comunicación fluvial más importante de la Nueva Granada, poco podía esperarse de su cooperación, mientras el General Montilla no se adueñase del territorio de la costa y las operaciones que debían ejecutarse á tanta distancia por esos auxiliares no tuvieran éxito favorable. Por esto, desde su arribo á las costas del Hacha, se le ve solo, y más que solo, abandonado de los soldados irlandeses que se insurreccionan, y es preciso reembarcarlos y separarlos de Colombia, hacer prodigios de valor y de firmeza, contando únicamente con 187 soldados venezolanos y pocos oficiales extranjeros que permanecieron fieles. Con ellos ejecuta los más atrevidos movimientos, combate y derrota al Gobernador español de aquella provincia que la defiende con todas sus fuerzas, constantes de 800 hombres, al mismo tiempo que reprime á la vista del enemigo los extranjeros amotinados y logra desarmarlos, dejando bien puesta su autoridad por un doble triunfo, debido á su energía y serenidad, no menos que á su actividad y destreza.

Sin estas dotes, que tan sobresalientes reveló en aquel paso, habría faltado la confianza en los que le

seguían, y él mismo se habría creído justificado para abandonar, por falta de fuerzas y de medios, el intento que bien podría calificarse de imprudente y témerario en cualquier otro Jefe que, por defecto de ellas, contara menos con sus propios recursos, ó no encontrara preferible la heroica resolución de morir combatiendo, á desistir de la empresa que se había confiado á su arrojo y fortuna.

Veinte meses duró la campaña en que por algún tiempo se repiten en continuos encuentros y maniobras el mérito y la dicha con que se ha principiado. Los habitantes de aquellas comarcas, atraídos por la regularidad de la conducta de aquel caudillo, y la moderación de sus soldados, que tienen la orden más terminante de respetar sus derechos y hacerse conocer de ellos más como hermanos y amigos que como guerreros y vencedores, vienen á ofrecerle sus servicios y los prestan entusiastas por la causa que tiene tan denodados y generosos defensores. En todo este tiempo, aquella pequeña fuerza está incomunicada con el resto de la República; pero la prudencia de Montilla la conserva, la aumenta, la hace triunfar. Al fin, llega á establecer con ella el sitio de la plaza de Cartagena; y, recibiendo después los refuerzos que le traen los acreditados Jefes Lara y Carreño, franqueada la comunicación con Mompox y Ocaña, los españoles sufren nuevas derrotas, es ocupada también la ciudad de Santa Marta y se ven aquellos reducidos al recinto de la plaza sitiada.

Penetrado el General Montilla de la necesidad del orden para extender y fortificar la opinión, para dar á todos la idea de que la revolución tendía á la mejora de los pueblos, y que la guerra y los sacrificios tenían su recompensa en la buena administración de los intereses comunes, en las garantías y en la libertad de los ciudadanos, en medio de las atenciones de la campaña, puso especial cuidado en escoger magistrados de integridad é inteligencia para el Gobierno civil de aquellas provincias,

y aun para los empleos militares designó los de más reputación por sus conocimientos y virtudes. Así, vemos figurando, desde que pisa la tierra de Cartagena, como Gobernador de ella, al Dr. Pedro Gual, antiguo y benemérito patriota digno de ocupar más altos puéstos: al Coronel José María Carreño (después General y siempre ciudadano probo y laborioso) en la Gobernación de Santa Marta; y al Coronel Ramón Ayala, conocido por su amor á la disciplina militar y por la pureza de sus principios republicanos, en el segundo mando del Ejército.

Los muros de Cartagena estaban defendidos por la fuerza y el valor de soldados aguerridos; pero era imposible que resistieran á la intrepidez de nuestros guerreros, dirigidos por una inteligencia superior que sabe aprovechar todos los esfuerzos, que vence todos los obstáculos y se arma además con la fuerza de la opinión que se introduce en la misma plaza para desconcertar al enemigo, para imitarle y abrir al fin lo más pronto las puertas de la ciudad al que, con tales medios, no puede dejar de ser vencedor.

Los españoles se rinden y entregan la plaza al General Montilla, por capitulación, el 10 de octubre de 1821, con todas las formalidades de la guerra, de que no les dispensa, á pesar de haberles concedido cuanto pudo esperarse de su generosidad. La bandera tricolor es saludada en todos los baluartes de la plaza, y las llaves de Cartagena, que se depositan en sus manos, son dirigidas por él, en justo homenaje y como el más honroso trofeo, al Gobierno de la República. Bolívar las recibe; y con magnífica expresión de merecida honra y de ilimitada confianza, las hace devolver por conducto de la Secretaría de Guerra (oficio de 31 de octubre de 1821) al valiente Jefe que las había arrancado á la España, satisfecho de que, mientras él fuese el guardián de este depósito sagrado, sería conservado con la misma gloria con que fue adquirido.

La libertad de Cartagena tuvo por consecuencia

la independencia del Istmo de Panamá, cuyos habitantes proclaman su incorporación á Colombia, á tiempo que el General Montilla se preparaba para llevarles personalmente el auxilio de sus armas victoriosas, las cuales, por no creer ya necesaria su presencia allí, confió al General Carreño para que diese protección y seguridad á aquel interesante punto, que podía ser atacado por los enemigos que poseían las costas del Pacífico hasta el Alto Perú, y las Islas de Cuba y Puerto Rico, en el Atlántico. Quedó él ocupado en complementar la organización de las provincias que había libertado, y dispuesto á moverse hacia Panamá, hasta donde se extendía su comisión directiva, que continuó siendo indispensable para afirmar la confianza de aquel país en los recursos de Colombia y para la libertad del territorio ecuatoriano que emprendió inmediatamente Bolívar.

Satisfechas las esperanzas del Libertador, satisfechos los pueblos del Magdalena, cada día más, del interés con que el General Montilla se consagraba á su defensa y bienestar, el Gobierno le mantuvo siempre empleado en aquel Departamento, no obstante su deseo de volver á Venezuela después de concluida la guerra. Con permiso se separó por algún tiempo, por causa de sus males y por el deseo de ver á los suyos en el país natal, de que tantos años había estado ausente: pero prontamente tuvo que regresar á Cartagena, estimulado por el Libertador, cuando éste se disponía á asegurar en el Perú la independencia de la América del Sur, como siempre lo había creído necesario en su alta previsión, á cuyo plan había de concurrir Montilla desde aquella plaza, enviando tropas y recursos, y prestando al Libertador el servicio, más importante todavía, de desembarazarle de todo cuidado por aquella parte, en cualquiera eventualidad de la guerra, teniendo allí un General tan hábil y de tanta reputación.

Bien sabía Bolívar que debía dejar á Colombia á cargo de autoridades no sólo inteligentes y fieles á la República en el desempeño de sus deberes, sino

también fieles á su amistad y capaces de comprender sus miras en la vasta extensión de sus trabajos. La experiencia le había hecho conocer lo que perjudican en empresas arriesgadas y colosales las rivalidades y las desconfianzas de los espíritus limitados que, pequeños en su ambición, como en su virtud misma, creen servir á los intereses de su patria y á los suyos propios cuando más los perjudican por falsos juicios ó por pasiones que se irritan con la superioridad de que se hallan tan distantes. Montilla, que tan bien había juzgado á Bolívar en Angostura, en donde casi se le proscribe porque libertaba á la Nueva Granada, decidiendo con ese paso atrevido la completa libertad de Venezuela, le ayuda desde Colombia fortificando la opinión, activando los auxilios y procurando de todos modos la solidez de la base en que se afirmaba para despedazar con brazo y fuerza de gigante las cadenas del Perú, última amarra que sujetaba el continente americano del Sur á la Península española. Sus importantes servicios en esta ocasión merecen á Montilla, en 1824, el despacho de General de División, último ascenso de su carrera militar; así como había sido ascendido á General de Brigada en 1821 por su heroica conducta en la campaña del Magdalena.

El genio de Colombia había llegado al zenit de su gloria al crear á Bolivia, la última de sus felices concepciones, y renunciar con ejemplar desprendimiento la Dictadura que, para su dicha y la de la América, le confiriera el Perú. Su misión estaba cumplida. Pero al descender á su ocaso, nubes tempestuosas se levantan de todas partes, que ocultan su brillo y sepultan á Colombia en noche tenebrosa que anuncia el cataclismo en que ha de concluir su corta cuanto espléndida existencia, imagen fiel de la de su gran fundador. La discordia invadió á Colombia: una loca ambición se apodera de los únos: un deseo irreflexivo de perfección social agita á los ótros; y en la multitud de proyectos insensatos de elevación y de ideas precoces de organización política,

los hijos de Bolívar se dividen y no pueden entenderse. Él vuela á interponerse abandonando la tierra de los Incas y marcha sin descanso hasta su querida Venezuela, en donde se ha dado el ejemplo fatal de la rebelión. Quiere complacer á todos los colombianos, quiere confundirlos á todos en un mismo abrazo y comunicarles con su inagotable generosidad, el secreto de suavizar y extinguir las pasiones que producen las disensiones civiles—la tolerancia. Pero todo fue inútil, y él mismo vino á ser víctima de la calumnia y del error sostenido por criminales aspiraciones. El pueblo se muestra fiel y agradecido en todas partes de la inmensa República; mas el sentimiento popular debía ser también sacrificado, como lo es siempre que logran sostenerse en el poder los hombres que no están llamados á servirlo y representarlo. Bolívar está proscrito en la patria que libertó, y va á buscar un asilo en la tierra que libertó Montilla y que preservó siempre con su noble ejemplo, del contagio del desorden y de la ingratitud. Allí el magistrado y el pueblo se unen en un mismo sentimiento, y con el más tierno interés se disputan los servicios más obsequiosos para reanimar en el corazón del hombre más ilustre de la América una vida que se extingue á los golpes repetidos de innobles enemigos y ante la perspectiva de los males que su mirada penetrante descubre en el porvenir de estos pueblos, que amó como padre en su nueva existencia de libertad hasta el último momento de la suya. Montilla le consuela como amigo, y le tributa como hombre público las más grandes consideraciones de respeto y de veneración, y se muestra no sólo amigo y magistrado, sino representante de todos los que, en Colombia, en América y en el mundo liberal hubieran querido borrar en el alma excelsa de Bolívar, en aquellos supremos momentos, las impresiones dolorosas con que lo martirizaron la calumnia y la ingratitud. De este modo cumple aquel, en época de traiciones y de perfidias, los deberes sacrosantos de la amistad que ofreció hasta

la muerte, sin cuidarse de los sinsabores que su conducta pudiera acarrearle en las turbaciones que daban preponderancia á los injustos enemigos de Bolívar. Rasgo de lealtad caballerosa, que no puede olvidarse al delinear los que formaban el carácter público y privado de Montilla, pues que esa virtud fue en él origen de sus más grandes resoluciones y de las simpatías numerosas que le rodearon siempre y aun del antagonismo que estas le suscitaban.

La muerte de Bolívar y la destrucción de Colombia cambian la faz política de los pueblos que compusieron esta República. La guerra civil, encendida ya en la Nueva Granada, había marcado su carácter de perfidia y atrocidad con el alevoso asesinato del heroico Sucre; y en Venezuela y el Ecuador asoma también su feroz cabeza. El General Montilla envainó entonces su espada, que no había de mancharse en guerra fratricida; y llevando en su corazón las últimas palabras del Libertador, y aquella admirable resignación que hizo decir á aquel eminente varón, que descendería con gusto al sepulcro si su muerte contribuía á la reconciliación de los partidos, se ausentó á tierra extranjera, resuelto á no volver á su patria, hasta no ver en ella restablecida la armonía y la fraternidad. Cúmplelo así efectivamente, y desde que regresa á Venezuela, en donde los amigos de Colombia y de Bolívar se manifiestan animados del mismo espíritu, aceptando de buena fe los hechos consumados, se le ve constantemente hacer profesión de los grandes principios de orden y tolerancia, sirviendo al Gobierno en todas las ocasiones en que le ocupa, á pesar de sus males y de sus años, dando á sus compatriotas ejemplos de moderación y de republicanismo en el amor más sincero y práctico á las instituciones, á la libertad y á la unión. Aceptó y desempeñó con riesgo de su vida la primera Legación de Venezuela en Europa, dirigida á ratificar, por parte de esta República, los tratados entre Colombia y la Gran Bretaña, según sus instrucciones, y aprovechó la oportu-

nidad para tomar la iniciativa en el Tratado de paz y amistad con España en conferencias con el representante de esta potencia en Londres, el ilustrado Marqués de Miraflores, á cuyas benéficas disposiciones debió la satisfacción de que llegasen al Gabinete de Madrid sus notas diplomáticas sobre esta interesante materia, que tuvieron el mejor éxito, aunque no pudo continuar la negociación por su pronto regreso á Venezuela. Sirvió otros destinos, y aun en circunstancias anormales, se prestó á ayudar al Gobierno, poniendo siempre del lado del orden, el peso de su opinión respetable, sin traspasar jamás la línea de sus principios liberales y filantrópicos.

En los tiempos de agitaciones como el presente, y que no está en poder de nadie evitar, porque es ley de la historia que ellos hayan de preceder á la consolidación de los gobiernos libres, ¿quién no ha visto en él un padre de la patria, un intermediario benévolo en las desavenencias de los ciudadanos? ¿quién no le sentía como el amigo más fiel del Libertador, que, ejecutando siempre sus últimos votos, le representaba mejor que otro alguno en medio de su pueblo favorito? ¿quién no levantaba una esperanza y sentía confortada su fe y estimulados los impulsos más generosos del patriotismo, que todo lo olvida para consagrarse á la consolidación de la grande obra al ver á ese noble guerrero, apartado después de tan gloriosa carrera, dedicado á la vida laboriosa del agricultor en sus últimos y cansados años, tomar parte, con la moderación de un simple ciudadano ó en el puésto á que se le llamara en nuestros conflictos y cuestiones, sólo para impedir los abusos, desarmar las prevenciones y rodear la autoridad legítima de fuerza y de prestigio? Poseedor de ese tacto exquisito para tratar á las personas de todas las opiniones y caracteres, que, á más de una cualidad de familia, era en él el resultado de una índole especial, de su educación, cortesana y guerrera al mismo tiempo, de su conocimiento del mundo y de la franqueza y elevación de sus principios, su casa fue

constantemente el punto de más concurrencia de personas notables en las diversas opiniones reinantes, que atraídas por una ú otra de sus apreciables dotes, realzada por una conversación fácil y variada, seria, elegante ó festiva alternativamente, recibían las influencias de su espíritu eminentemente tolerante, patriótico y social antes que todo.

Así que, no obstante su independencia y franqueza que le impelieran siempre á manifestar sus juicios y convicciones sin disfraz, jamás se le vio prestar apoyo de ningún género á las demasías de ningún partido. Sus opiniones fueron siempre eco de sus sentimientos; pero sus esfuerzos personales nunca dejaron de interponerse en favor del orden establecido, de la extinción de los rencores y de la moderación de los castigos, combatiendo siempre el fanatismo político y la crueldad que quedan prolongando los males después de una contienda que ha llegado á terminar por los combates.

Cualidad era ésta tan sobresaliente en el carácter del General Montilla, que en la guerra misma de la independencia y no obstante que, por ambos Ejércitos beligerantes, así el patriota como el realista, se hubiese declarado necesaria é irresistible la muerte para el vencido, hay más de un ejemplo, como el del Teniente Coronel Marimón, prisionero de guerra en La Guaira, en que el enemigo debió la conservación de su vida á tan noble como arriesgada mediación de este valiente Jefe que nunca pudo dejar de sentir una invencible repugnancia al ver ejecutar esa ley terrible y que sólo hubo de ser dictada por la fatalidad de aquellos tiempos y en represalia de la ferocidad que desplegaron guerreros sin entrañas y sin ningún cálculo político contra los defensores de la patria.

Y, llenando tan dignamente todos sus deberes, sin desmentir un solo día su valor, su prudencia, su probidad, su patriotismo, su franqueza, su afabilidad, su dignidad, siendo el mismo en toda la extensión de sus facultades hasta el último momento

de su existencia, vio la muerte con serenidad imperturbable, con espíritu religioso y filosófico, queriendo que así la viesen también, sin espanto, auxiliados de su propia entereza, los que debían sentirla más, sus dos hijas, á quienes amaba con la mayor ternura, sus dos hermanas, fieles compañeras de su vida, sus sobrinos y demás deudos y todos sus amigos que le rodeaban, para no perder uno sólo de aquellos preciosos momentos de su última despedida, teniendo siempre para ellos, en medio de sus dolores, palabras de consuelo y de interés, animadas de sentimiento y delicadeza sin ninguna mezcla de debilidad.

Hemos creído cumplir con un deber sagrado de hijos de esta patria, á cuyo servicio y defensa consagró su vida aquel que ocupaba un lugar tan distinguido entre los próceres de nuestra emancipación, consignando en este escrito algunos recuerdos de su vida; y hemos pensado que hacíamos bien, dando nuestras palabras, cualesquiera que ellas fuesen, al sentimiento que hemos visto levantarse universalmente para saludar sobre su féretro la augusta sombra del General Mariano Montilla. Su muerte, abstrayéndonos de los cuidados del día presente, nos ha llevado á descorrer un velo más del imponente panorama de la época que nos ha precedido; no pudiendo contemplarse en su despedida de la tierra, una alma como la suya, sin ver con una palpitación del más profundo asombro, y como al través de un relámpago de gloria que cruza los espacios para siempre, la terrible epopeya de aquella lucha grandiosa de todo un continente, en que una raza de hermanos, que no se conocían, mezclándose y auxiliándose los unos á los otros, del uno al otro extremo, se saludaron por primera vez con las armas en la mano al cabo de tres siglos de idénticas desgracias y universal reclusión. Era imposible ver desaparecer de en medio de nosotros al hombre de corazón hidalgo, que se despide de una Corte para atravesar los mares y levantar en su patria esclava

el pabellón de la idependencia y de la igualdad política, al vencedor de la fuerte Cartagena, al libertador de aquellas provincias que rescata palmo á palmo, ciudades y territorio, luchando, casi solo y lejos de sus compañeros, con enemigos tan superiores en número y en recursos, y con las insurrecciones de tropas mercenarias que retiene con una mano en tanto que las separa de sí, para arrancar con la otra la victoria, al hijo de una familia acomodada que sacrifica sus goces y su brillante juventud al triunfo de los principios que han de hacer la felicidad de todas las familias de sus conciudadanos, y que muere legando por toda herencia á sus hijos las llaves de la primera fortaleza en que montara sus baterías el poder colonial al frente de Colombia; era imposible ver terminar una existencia semejante cuyos más hermosos años son fechas de nuestra historia, á las cuales va siempre asociado el nombre de ese intrépido guerrero, sin detenerse á contemplar el cuadro tempestuoso de su vida, sin levantar el pensamiento absorto en alas de la imaginación para medir la estatura del que así había puesto á la prueba sus fuerzas contra las del destino siempre severo de las naciones, y había podido regresar á su hogar, tranquilo, después de haberle abandonado, urgido por el fanatismo de una idea generosa, para lanzarse, guiado tan sólo del propio ardimiento, á un mundo atormentado por los huracanes y sembrado de mil escollos y mil muertes! Entretanto existía, él era á nuestros ojos la historia viviente, el monumento de sus glorias: derribado por la muerte, quisiéramos poderle reemplazar con las expresiones multiplicadas de nuestra gratitud y admiración; porque hace falta su presencia bajo el cielo de nuestra patria, rica tan sólo de hombres ilustres.

La generación actual que debe su más profunda estimación, su más sentida gratitud, á esos hombres de alma fuerte y corazón magnánimo que opusieron sus pechos á las agresiones del despotismo para pro-

teger los fueros de este suelo sirviéndole de baluarte, obedecerá sus más hermosos instintos, á las prescripciones más sagradas del interés americano, al no permitir que pasen los últimos representantes que nos quedan del tiempo de esa lucha de ayer, prodigiosa como un poema, sin dirigirle á cada uno un largo adiós, sin grabar en la memoria del pueblo las virtudes, el carácter, los hechos públicos y hasta los rasgos que constituyen la individualidad de todos esos protagonistas de nuestra nacionalidad. Ella debe rescatar del sepulcro su gloria entera, para que el amor y las tradiciones la lleven de corazón en corazón hasta la más remota posteridad, y sea el panteón de su generosidad y de sus hazañas el sentimiento mismo de libertad que sembraron ellos á manos llenas en esta tierra, ellos que tuvieron fe, arrojo y fuerzas suficientes para señalarla en nombre de la Providencia y con sus espadas vencedoras, como una tierra de promisión para la humanidad entera esclavizada por todas partes.

Detrás de esos hombres no hay más que oscuridad, la degradación del Nuevo Mundo, un vasto dominio á disposición del monopolio, ó el encierro de siervos despreciados: delante de ellos la hermosa y vivificante luz del porvenir se pierde en horizontes dilatados, cuyos límites, si es que existen, nadie alcanza á determinar. Ellos aparecen de pie al frente de nuestro continente, de nuestra existencia republicana y de nuestros anales, como los Andes que nos cercan por ambos mares y á cuyas faldas combatieron sin descanso, y cuyas cimas treparon en su lucha hasta enclavar en la más alta de sus cumbres su lábaro triunfal, como si quisieran proclamar desde allí á la faz de la tierra la grandeza, la elevación y la universalidad de los principios que armaron sus brazos y agitaron sus espíritus indómitos. Sobre aquel fondo de tinieblas é iluminadas así por la esplendente claridad que nació en su carrera para derramarse por nuestro cielo, esas magníficas figuras vueltas de espalda á lo pasado se harán vi-

sibles á toda distancia, serán contemporáneas á todas las épocas venideras. Al lado de Bolívar, Montilla y todos esos héroes, que nada debieron al encadenamiento de sucesos anteriores, á los cuales por el contrario levantaron un dique indestructible, vivirán en la memoria y con la vida de cuantos pueblos vengan al mundo colombiano á recibir las inspiraciones de sus aires regeneradores y ensanchar los dominios de la libertad.

Caracas: 30 de setiembre de 1851.

(Tomado de las *Biografías de Hombres Notables de Hispano-América*, por R. Azpurúa).

ORDEN GENERAL

PARA

EL 17 DE DICIEMBRE DE 1830

Art. 2º Es medio día, y Colombia acaba de perder para siempre á su LIBERTADOR y PADRE.—Si grande y magnánima fue la vida del genio de nuestra independencia y libertad, su muerte ha sido la de un verdadero Héroe. Qué sufrimiento! qué constancia! qué tranquilidad de espíritu!!!! Un espacio inmenso se ha interpuesto ya entre Colombia y su LIBERTADOR, y nada podrá calmar la dura pena de los colombianos.....El Ejército, esa parte preciosa del Pueblo que tantos días de gloria ha dado á la Patria, ya no verá más al frente de sus Banderas al varón ilustre que por el camino del honor y de la victoria lo condujo al templo de la inmortalidad.....Soldados: un eterno adiós nos ha dicho nuestro LIBERTADOR, nuestro General, y al separarse de entre nosotros nos ha dirigido las siguientes palabras. " Colombianos: Habéis " presenciado mis esfuerzos para plantear la Libertad donde " reinaba antes la Tiranía. He trabajado con desinterés " abandonando mi fortuna y aun mi tranquilidad. Me " separé del mando cuando me persuadí que desconfiábais " de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vues- " tra credulidad, y hollaron lo que me es más sagrado: " mi reputación y mi amor á la Libertad. He sido víc- " tima de mis perseguidores que me han conducido á las

" puertas del sepulcro. Yo los perdono. Al desaparecer de
" enmedio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer
" la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro á otra
" gloria que á la consolidación de Colombia. Todos debéis
" trabajar por el bien inestimable de la Unión: los Pueblos
" obedeciendo al actual Gobierno para libertarse de la anar-
" quía; los Ministros del santuario dirigiendo sus oraciones
" al Cielo; y los Militares empleando su Espada en defen-
" der las garantías sociales.—Colombianos: Mis últimos vo-
" tos son por la felicidad de la Patria. Si mi muerte con-
" tribuye para que cesen los partidos y se consolide la
" Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.—SIMON BOLIVAR."

Este precepto, esta ley pronunciada sobre el sepulcro por el fundador de Colombia, será para el Ejército una regla inviolable, y desgraciado de aquel que desobedezca tan saludable mandato! La sombra del LIBERTADOR le buscará por todas partes y no podrá sufrir los remordimientos que le acompañarán.

El General Comandante general.

MARIANO MONTILLA.

Es copia:

Rodríguez.

Cartagena: 1830.

HOJA DE SERVICIOS

DEL

GRAL. MARIANO MONTILLA

EMPLEOS CIVILES

Y COMISIONES DIPLOMÁTICAS QUE HA DESEMPEÑADO EL GENERAL MARIANO MONTILLA

—

En el año de 1810 fue destinado á participar el acontecimiento del 19 de abril de aquel mismo año al Duque de Manchester, Gobernador de la Isla de Jamaica y al Gobernador de la de Curazao con el objeto de establecer relaciones de amistad y buena inteligencia mientras venían los resultados de la Legación que había sido destinada á Londres por la Junta Suprema de Gobierno de Venezuela.

En 1821 fue nombrado Intendente del Departamento del Magdalena, República de Colombia.

En 1824 fue nombrado Intendente interino del Departamento del Zulia.

En 1825 volvió á ser Intendente del Departamento del Magdalena.

En 1828 se le nombró Prefecto General de los Departamentos Magdalena, Istmo y Zulia.

En 1833 fue nombrado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario cerca de S. M. Británica, de Luis

Felipe, Rey de los Franceses y de la Corte de Madrid, para negociar el reconocimiento de la Independencia de la República de Venezuela, como efectivamente se consiguió respecto de S. M. Británica, habiendo alcanzado del Gabinete de Madrid la más explícita declaratoria de entrar en negociaciones bajo el pie de la más absoluta independencia como de igual á igual.

En 1836 fue nombrado Ministro Juez de la Suprema Corte Marcial.

En 1840 se le nombró Juez de la Corte Marcial de la capital.

En 1846 Ministro Juez de la Suprema Corte Marcial.

Declaro bajo mi palabra de honor que estos extractos han sido formados con presencia de los documentos originales que reposan en mi poder.

Caracas : junio 11 de 1849.

(Firmado)—MARIANO MONTILLA.

EMPLEOS MILITARES

QUE HA DESEMPEÑADO EL GENERAL MARIANO MONTILLA

—

En el año de 1810 era Comandante del escuadrón titulado "Voluntarios de los Valles de Aragua."

En 1811 fue destinado como Ayudante General del Cuartel General Maestre en la división del General Toro.

En el mismo año siguió la campaña con el mismo destino bajo las órdenes del General Miranda hasta la segunda toma de la ciudad de Valencia.

En 1813 fue nombrado por el Libertador Teniente Coronel y Ayudante General del Estado Mayor General.

En 1814 fue nombrado Comandante de la división destinada á socorrer la ciudad de Caracas y franquear por el Llano las comunicaciones con Oriente hasta encontrar con el General Mariño.

En el mismo año fue nombrado Gobernador y Comandante de Armas de la ciudad de Caracas en las angustiadas circunstancias de la evacuación de la plaza.

En 1815 fue ascendido á Coronel en la ciudad de Cartagena, y se le confió el mando de la caballería de la Provincia.

En el mismo año, cuando el General Morillo invadió la Provincia de Cartagena, se encontró con las fuerzas patriotas en la plaza y se le nombró Mayor General, bajo las órdenes del General Bermúdez.

En 1818 se le nombró por el Libertador Jefe de Estado Mayor del ejército del General Urdaneta.

En 1819 se le nombró Jefe de la Legión Irlandesa y demás tropas que debían obrar sobre la costa de Colombia.

En 1820 se le hizo Comandante General de la costa de Cundinamarca.

En 1821 fue ascendido á General de Brigada.

En 1822 se le nombró Comandante General del Departamento del Magdalena, extendiéndosele el mando hasta el Istmo de Panamá.

En 1823 fue nombrado Comandante General en Jefe de las fuerzas reunidas en la Provincia del Hacha con destino á restaurar la libertad de Maracaibo.

En el año de 1824 se le destinó al Zulia como Comandante General, siendo ascendido en este mismo año á General de División.

En el de 1825 fue destinado como Comandante General del Departamento del Magdalena.

En el de 1827 se le extendió el mando á los Departamentos del Istmo y Zulia.

En el de 1834 fue nombrado Comandante de Armas del Zulia.

En el de 1835 se le nombró Ministro de la Guerra, obteniendo en el mismo año el nombramiento de segundo Jefe del Ejército de la República y Comandante General del Ejército de la Costa.

En el año de 1848 fue nombrado Jefe de Operaciones de la Provincia de Caracas y posteriormente de la Provincia de Aragua.

Declaro bajo mi palabra de honor que estos extractos han sido formados con presencia de los documentos originales que reposan en mi poder.

Caracas : junio 11 de 1849.

(Firmado)—Mariano Montilla.

CAMPAÑAS

Y ACCIONES DE GUERRA EN QUE SE HA ENCONTRADO EL GENERAL MONTILLA

—

En el año de 1811 en la campaña sobre Valencia, dirigida por los Generales Miranda y Toro, hallándose en las acciones del Cerro de la Fagina y Mariara, la del Morro, toma y evacuación de la ciudad de Valencia, en la retirada sobre Guacara, en la segunda acción del Morro, en las escaramuzas que precedieron á la segunda posesión de la ciudad y operaciones consiguientes, habiendo merecido por su conducta en estas jornadas recomendación muy particular al Gobierno por el General Miranda.

En el año de 1813 en la campaña y sitio de Puerto Cabello.

En 1814 con 8 hombres voluntarios abrió las comunicaciones entre el Cuartel General Libertador en Valencia y el de la división del General Ribas en La Victoria, teniendo que atravesar por todos los Valles de Aragua que se hallaban ocupados por las tropas de Bóves; en la acción del 12 de febrero en La Victoria á las órdenes del General en Jefe Ribas en que fue condecorado por su conducta con un escudo de distinción y cumplimentado por dicho General, hallándose el mismo año en el ataque de Charayave, en la defensa de San Mateo resistiendo los diversos ataques del enemigo Bóves, donde fue condecorado con otro escudo de distinción; en la acción de Ocumare á las órdenes del General Ribas; en la batalla de Boca Chica como Jefe de Vanguardia á las órdenes del General Marino, donde fue condecorado con otro escudo de distinción; en la primera acción de Carabobo bajo el mando del Libertador confiriéndosele, por su conducta en ella, la Estrella de Libertadores.

En 1815 en el sitio de Cartagena durante los noventa y un días de su asedio; en la Bahía de Cartagena forzando las fuerzas sutiles y las baterías de los enemigos que impedían la evacuación de la plaza, y últimamente evitando la escuadra enemiga por cuyo movimiento perecieron las tres cuartas partes de la gente embarcada antes que rendirse al enemigo.

En 1817 permaneció en la Isla de Margarita hasta 1818 y 1819 en que siguió como Jefe de Estado mayor á la

campaña y toma de Barcelona á las órdenes del General Urdaneta; en el sitio de Cumaná; en el ataque de Agua Santa y marcha subsecuente con el Ejército hasta Maturín.

En 1820 como Comandante en Jefe de la división destinada á obrar sobre la Costa de Cundinamarca, desembarcó en Río de Hacha y tomó posesión de sus baterías, dirigió el combate de Fonseca, la acción del Tablazo y la del Molino; la retirada del Valle de Upar á presencia de un enemigo de fuerza triple por espacio de treinta leguas; la batalla de Laguna Salada en que fue batido el Coronel enemigo Sánchez Lima, de cuyas resultas, habiéndose insubordinado la Legión Irlandesa por no recibir paga, fue necesario reembarcarla y dirigirla á Jamaica, quedando por aquel momento suspendidas las operaciones del Ejército.

En el mismo año y con 162 hombres que quedaron disponibles desembarcó y tomó las baterías de Sabanilla en la Provincia de Cartagena, se reforzó en los vecindarios de Soledad y Barranquilla y batió al enemigo en Pueblo Nuevo; se halló en los diferentes reconocimientos en el sitio de la plaza de Cartagena, en el cañoneo y bombardeo del día 11 de setiembre de 1821 al establecer las baterías de la Popa sobre la plaza que se rindió el 1º de octubre, y cuyas llaves le devolvió el Presidente de Colombia para que las conservase en testimonio de tan importante servicio.

En 1822 dirigió las operaciones del Ejército destinado á libertar á Maracaibo, en combinación con la escuadra que se organizó en Cartagena.

En 1823 á la cabeza de una división del Ejército acantonado en el Hacha vino á libertar á Santa Marta que había caído en poder de los enemigos, hallándose en las acciones de Pueblo Viejo y la Siénega.

En dicho año de 23 volvió al Cuartel General del Hacha á dirigir las operaciones sobre Maracaibo; combatió en el Molino contra el Coronel Narciso López haciéndole perder las posiciones que tenía; dispuso con acierto las operaciones que debían practicarse para penetrar al Lago de Maracaibo cuya ejecución ordenó perentoriamente al General Padilla combinada con el movimiento de tierra que debía ejecutar el General Gómez á tiempo que fueran forzadas las fortificaciones de la Barra por los buques de la escuadra. El Gobierno de Colombia recompensó su celo y actividad ordenándole que sin embargo de hallarse reducido á la cama por la gravedad de sus males, conservase siempre la dirección de los movimientos militares sin responsabilidad alguna de su parte.

En 1835 pacificó la Provincia de Maracaibo sin uso de armas.

Declaro bajo mi palabra de honor que estos extractos han sido formados con presencia de los documentos originales que reposan en mi poder.

Caracas: 11 de junio de 1849.

(Firmado)—Mariano Montilla.

SITIO Y TOMA DE CARTAGENA

POR EL

GENERAL MARIANO MONTILLA

1820 á 1821

En homenaje á la memoria del Benemérito General de División Mariano Montilla, Ilustre Prócer de la Independencia Sur-Americana, servidor notable de la antigua República de Colombia y de la moderna Venezuela, damos aquí una reseña histórico-estadística del sitio y toma de Cartagena, hecho de armas el más notable de la larga vida militar de aquel General, cuyas cenizas van á reposar definitivamente en el Panteón que *la Patria agradecida ha consagrado á sus grandes servidores.*

Caracas: 1º de julio de 1896.

MANUEL LANDAETA ROSALES.

Después de varios hechos de armas en el Norte de la antigua Cundinamarca, puso sitio á Cartagena el General Mariano Montilla, Jefe de la División Libertadora. Defendía aquella plaza antemural de la antigua Nueva Granada, el Brigadier español Don Gabriel de Torres. El sitio principió en agosto de 1820 y duró más de catorce meses, terminando con la capitulación de las armas realistas, el

1º de octubre de 1821, después de varios combates terrestres y navales para expugnar aquella plaza de primer orden en la América del Sur, combates que costaron millares de vidas.

Hé aquí el cuadro de los Jefes y Oficiales que hicieron la campaña del Bajo-Magdalena en 1820 y 21, que dio por resultado la ocupación por las armas libertadoras, de las importantes plazas de Río-Hacha, Santa Marta y la inexpugnable *Cartagena :*

GENERAL MARIANO MONTILLA,

COMANDANTE EN JEFE DE LAS ARMAS SITIADORAS

—

CORONELES

Venezolanos

Ramón Ayala
José María Carreño
Jacinto Lara
Francisco Carmona
Miguel Antonio Figueredo

Neogranadinos

Miguel A. Alzate
Narciso Buitrago
José María Córdova
Pablo Durán
Braulio Enao
Ramón Espina
Juan A. Gutiérrez de Piñeres
Policarpo Martínez
Camilo Mendoza
Juan Salvador de Narvaez

Varias nacionalidades

José Sardá (español)
Juan D'Evereaux (irlandés)
Tomás Murray (inglés)
Luis Francisco de Rieux (francés)

TENIENTES CORONELES

Venezolanos

José Bolívar
N. Carpio
Florencio Jiménez (de Quíbor)
Diego J. Jugo
Felipe Linares
Julián Montesdeoca

Neogranadinos

Mariano Acero
Juan José Aguirre
Salvador Alzate
Mariano Barreneche
José María Botero
Pedro Carrasquilla
Salvador Córdova
Melchor Corona
Antonio del Río
Domingo Girón
Juan Antonio Gómez
Ramón Nonato Guerra
Pedro C. Guillén y Gutiérrez
Carlos Hormochea
Nicolás Madiedo
Joaquín Anastasio Márquez
Hermógenes Maza
Ramón Meléndez Arjona
José Manuel Montoya
Francisco Núñez
José Félix Rangel
Anselmo Soto

Varias nacionalidades

Conde Federico de Adlercreutz (sueco)
Guillermo Ferguson (irlandés)
Miguel Troncoso (habanero)

SARGENTOS MAYORES

Venezolanos

José Antonio Maíz
José Moranti
Manuel María Obregón
Fernando Romero

Neogranadinos

Manuel Alcázar
Manuel Barrera
Blas de Barros
Joaquín Berríos
Tomás Campo
Pedro José Canaval
Manuel Silvestre Castaños
José Marcelino del Castillo
Gregorio Serra
Nicolás Delfin
Antonio María Durán
Fernando Escobar
Ildefonso Figueroa
Pedro Gallardo
José Domingo Gallo
Diego Antonio García
Vicente Gómez
José Ignacio Iriarte
Julio Ciprián
Andrés Laguna
Lino María León
Manuel León
Ramón Martínez
Manuel M. Martínez de Aparicio
Joaquín Montoya
Manuel Ortiz Sarasti
Sebastián Osses
José Santos Prada
José Antonio Ramírez
Fernando Reyes Patria
Carlos Robledo
Henrique Rodríguez
Joaquín Rodríguez

Benedicto Triana
Salvador Uzcátegui
Juan Nepomuceno Vega
Joaquín Viana
Francisco Wilches
Manuel José Tatis.

De otras naciones

Jorge H. Maine (inglés)
Juan Teófilo Minuth (ruso)
Mauricio Hogan (irlandés)

CUERPO DE SANIDAD, RELIGIOSO Y DE HACIENDA

Pedro Araujo, Cirujano mayor
Manuel Castillo de Miranda, Comisario de guerra
Doctor Francisco Antonio Paúl, (Coto) Auditor de guerra
Ignacio Sánchez de Mora, Guarda-parque
Antonio Abad Tátis, Cirujano mayor
José Manuel Tátis, Comisario de guerra
Manuel Peña, Cirujano
José Félix Mejías, Capellán

CAPITANES

Venezolanos

Juan José Anzoátegui
Juan Carrasquero
Juan Castro
Francisco Cevallos
Miguel Gómez
Manuel Lezama
José Martínez
Juan Antonio Muñoz
Juan Nepomuceno Rincón
José Tinoco

Neogranadinos

José Cayetano Barros
José Trinidad Camargo

José María Cadenas
Antonio Castañeda
José Antonio Castro
Ventura Correa
Tomás Fajardo
José María Fernández
Antonio Ferrer
Vicente Galvez
Manuel González
Salvador Gutiérrez
Clemente Jaramillo
José Antonio Locarno
Crispín Luques
Raimundo Menéndez
Domingo Mier
Fernando Montes
José Martínez de Aparicio
Ambrosio Ortíz
Gregorio Osorio
Antonio Paniza
José Pantaleón Pérez
Agapito Posadas
Manuel Roa Sánchez
Antonio Rodríguez
Eusebio Rodríguez
Alejandro Salgado
Camilo Scarpeta Roo
Tomás Serrate
Rudecindo Silva
José María Sudea
Pedro Villa

De otras naciones

Santiago Loëdel (Estados Unidos)
José María Pérez (español)
N. Rougert (francés)

TENIENTES

Venezolanos

Pedro Vicente Aguado
José Cova
Vidal Díaz

Fernando Fernández
Jacinto Godoy
José Micante
Diego Noches
Antonio A. Ortíz
Hilario Portillo
Pantaleón Suárez.

Neogranadinos

José María Alandete
Luis Alvarez
Manuel Barraza
Diego Francisco Barrios
José Bolaños
Rafael Bourman
Francisco Castro
Manuel Correa
Domingo Díaz
José Antonio Díaz
Ruperto Enao
José Antonio Estor
Eusebio Fernández
Gregorio Flores
Antonio Gómez
Pío Quinto Gómez
Celestino González
José Manuel Grau
Ramón Gil Hernández
Miguel Hoyos
Francisco Machado
José María Machado
Zacarías Machado
José Antonio Martínez
Henrique Medina
Andrés Menéndez
Juan Salvador Mena
Ignacio Montalvo
Domingo Noriega
Domingo Calixo Noguera
Francisco Franco Palacio
Manuel Basilio de Paz
Pedro Rodríguez
Francisco Rójas
Manuel Rueda

Agapito Salinas
José María Sepúlveda
Juan Nepomuceno Sosa
Juan Bautista Uribe
Alejandro Urueta
José Antonio Velázquez

De otras naciones

Jorge Henrique (cubano)
Guillermo Keogh (escocés)
Guillermo Somes Charke (inglés)

ALFEREZ

Venezolanos

José Leal
Hermenegildo Prato
Eustaquio Torres

Neogranadinos

José Agracot
Bartolomé Arrazábal
Juan Bautista Azula
José Trinidad Cabarcas
Ciriaco Cadavad
Emigdio Cárdenas
Pedro Escudero
José María Flores
José María Izaza
José Vicente Moreno
Lorenzo Pardo
Bernardo Ruiz
José Salazar
Ponciano Sanchez
Sebastián Villanueva

JEFES Y OFICIALES DE LA MARINA COLOMBIANA QUE BLOQUEARON LAS COSTAS DE LA NUEVA GRANADA EN 1820 Y 21, HASTA LA TOMA DE CARTAGENA

Almirante Luis Brion (curazolano)
General Lino de Clemente (español)
" Luis Aury (mejicano)
Coronel José María Padilla (neogranadino)
" Antonio Díaz (venezolano)
" Antonio Rosales (español)
" Walterio Chity (inglés)
" Juan Illingrott (inglés)
" Jerónimo Carbono (italiano)

Oficiales de marina—Tenientes de navío

Marcos R. Mankin (norte-americano)
José Antonio Padilla (neogranadino)
Jacinto Quintana (neogranadino)

Alferez de navío

Leandro Caldas (neogranadino)
Tomás Medina (neogranadino)
Juan Antonio Rivas (neogranadino)
Antonio Villanueva (neogranadino)
Jaime Lampon (inglés)

Capitanes de fragata

Vicente Díaz (neogranadino)
Pedro María Iglesias (neogranadino)

Tenientes de fragata

José Liscano (venezolano)
José Trinidad Camargo (neogranadino)
Francisco Padilla (neogranadino)
Juan Antonio Hernández (haitiano)

Alferez de fragata

Francisco Ballesteros (neogranadino)
Francisco Juárez (neogranadino)

PRINCIPALES JEFES REALISTAS QUE DEFENDIAN A CARTAGENA

—

Brigadier don Gabriel de Torres, Jefe superior político y militar de Cartagena

CORONELES

Miguel Valbuena
José María de Olmos

TENIENTES CORONELES

Sebastián Díaz
Francisco París
Ignacio Romero

Entregado por los realistas al acto de la capitulación

Muchos jefes y oficiales
779 soldados
3.500 quintales de pólvora
1.300 quintales de plomo
3.000 fusiles
Muchos cañones
Morteros de arrojar bombas
El Parque de artillería
Cajas, cornetas y pitos
Banderas
Víveres
Archivos
Enseres y aparatos de marina
Señales de marina : y
Las llaves de la Fortaleza.

PRO. GENERAL JOSÉ FÉLIX BLANCO

PBRO. JOSÉ FÉLIX BLANCO

JOSE FELIX BLANCO

(POR JOSÉ ANTONIO CALCAÑO, ADICIONADA POR RAMÓN AZPURUA)

PRIMERA PARTE

Cuando la pluma, en más ardua tarea que la de procurar solaz al espíritu, se encarga de consignar en los anales de los pueblos la historia de aquellos varones que, ora prestando voces al encomio, ya asunto al vituperio, tomaron parte en los acontecimientos de su época y fueron en el cielo de su patria astros de gloria ó nubes de infortunio; el escritor, en pie sobre el terreno de los hechos, circunscrito á la esfera de los sucesos, con la verdad por luz y la conciencia moral por consejera, nada ha de conceder á los prestigiosos deslumbramientos de la fantasía, nada á las exigentes insinuaciones del corazón.

La Historia es una deidad severa que jamás deja sin castigo al que la desnaturaliza y profana su culto; y los atavíos de la lisonja, como los tiznes de la malevolencia, por más que la pasión pueda recibirlos con aplauso, mañana han de desaparecer bajo la mano indignada de la imparcialidad, ejecutora inexorable de la justicia.

Así preparamos nuestro ánimo, hoy que nos proponemos escribir la biografía de un compatriota á

quien tanta parte cupo en los magnos hechos de la Independencia suramericana; porque, de un lado comprendemos el riesgo en que el entusiasmo y el orgullo patrio pueden poner á la simple verdad; y de otro, estimamos todas las trabas que la cercanía de los acontecimientos presenta siempre al biógrafo, máxime cuando aún vive el hombre cuya figura traza, la alabanza del cual, sobre todo, pudiera entrañar para el escritor cosecha de malas interpretaciones, sembradas, ó por la malignidad, que siempre halla pecho en qué abrigarse, ó por la rivalidad de algún contemporáneo del héroe; que nunca dejaron de excitarla los apóstoles de la virtud y los favorecidos de la gloria.

Coyuntura feliz para nuestro intento, las circunstancias particulares del General José Félix Blanco, nos permiten creernos libres de todo cargo de parcialidad. Pobre y entregado á graves estudios que algún día redundarán en honra suya y gloria de su patria: apartado él voluntariamente de los negocios públicos, quedan así cerradas las dos únicas puertas por donde el interés mezquino pudiera dar entrada á la lisonja. La amistad ó la gratitud son á las veces móviles también que impulsan á tender el velo de la indulgencia sobre algunos hechos, en relatos como el que ahora nos ocupa; pero, respecto de la primera, debemos decir que, jóvenes aún nosotros, no hemos conocido al General Blanco sino en la tarde de su larga y honrosa carrera, y cuando las sombras del ocaso amenazan envolverle para siempre en esa noche profunda y misteriosa cuyas tinieblas puede disipar solamente el alba de la eternidad; y respecto de la segunda, verdad es que habríamos de renegar de nuestro honroso timbre de americanos, para no estar agradecidos á los que todo nos lo dieron dándonos patria y libertad, y que con la espada ó con la pluma contribuyeron á reivindicar los derechos de la humanidad en el mundo de Colón; pero, con todo, no es esa gratitud relámpago que nos ciega, ni fuerza que nos precipita; sí sólo luz

suave y estable que nos alienta, y estímulo juicioso que nos guía y nos dirige al cumplimiento de este grato deber.

Hay más. El General Blanco, al tocar á los lindes de la vida, como el viajero que, concluida su jornada, se sienta á reposar en la última colina desde donde divisa todo el camino corrido, en el silencio de la meditación y con la calma de la ancianidad, vuelve hoy sus ojos á su larga carrera, á la época inmortal de nuestra Independencia, recoge sus recuerdos, los ordena, los colecciona, y dándoles unidad y cuerpo, se propone legar á su patria el último presente de su consagración, erigiendo un monumento en que vivirán al par eternos, el heroísmo colombiano y su personal admiración por el gran Bolívar.

Hemos creído que al frente de esa obra debía trazar mano americana algunas líneas relativamente á la vida del autor, que le den á conocer un tanto, antes que él tome la palabra; y ojalá contribuya este nuestro humilde trabajo á demostrar siquiera, cuánto es autorizada y competente su voz para el precioso relato. En efecto, nadie más en capacidad que el General Blanco, para cumplir esa ardua tarea, pues que él ha sido al propio tiempo espectador y actor, por más de medio siglo, en los grandes acontecimientos de Colombia y luégo de Venezuela; y ya que testigo presencial de tantas hazañas, de tanta heroicidad, vio nacer y morir á la gran República, combatió por ella en sus titánicas lides, asistió á sus consejos, y amigo fiel del semi-dios de la América, se halló á su lado muchas veces como colocado por la Providencia para preparar campo y practicable camino á sus levantadas concepciones.

A grandes rasgos delinearemos solamente esta vida; pues sería escribir la Historia de Venezuela y Colombia detenernos en todos los sucesos en que tuvo él parte, desde el primer movimiento revolucionario del magno 19 de abril, hasta que se apartó de la agitación de los asuntos públicos para volver

á la vida del hogar doméstico, habiendo dejado en ambas Repúblicas, en la adversa ó la próspera fortuna, un nombre digno de memoria y alabanza.

No fue este varón ilustre de carácter á propósito para que deslumbrase como el rayo en medio de las tempestades de aquellos días de prueba para la libertad; pero su brillo, cuanto más reposado, tanto más bienhechor y fecundo fue, así en la confusión de los combates y en los cuidados de la administración, como entre las turbulencias peligrosas de los indisciplinados caudillos que, con sus malas pasiones ó por su inexperiencia é ignorancia en asuntos políticos, ponían en riesgo á cada paso el buen éxito y la honra de la causa americana. En la paz y en la guerra, su carácter elevado, sus vastos conocimientos, su tacto en las situaciones dificultosas, la severidad de sus principios, su constancia inalterable, y, sobre todo, su honradez é integridad, le colocaron siempre en puéstos en que la confianza que en él se depositaba, por lo azaroso de los tiempos que corrían, era pueba bastante del alto concepto con que le honraba aquel que nunca se engañó en el juico que hacía de los hombres que le rodeaban. Pero aguardemos á verle en situaciones difíciles, para apreciar debidamente sus servicios; y entremos de lleno en nuestro asunto.

Aún pesaba sobre la América latina, con toda la fuerza de su opresión, el sistema colonial, bajo el cetro de Carlos IV, cuando nació Blanco, en la ciudad Mariana de Caracas, en 24 de setiembre de 1782. No le sonrió propicia la fortuna á su entrada en la vida; antes por el contrario, vino desheredado al mundo, de la solicitud y el natural apoyo de aquellos á quienes debía el sér. Los prolijos cuidados, sin embargo, con que rodearon su cuna y su infancia sus favorecedores, le pusieron pronto en aptitud, y esto aún antes de salir de la pubertad, para alcanzar y merecer todo género de consideraciones, así en las aulas como de parte de la sociedad. Su facilidad de concepción, el claro entendimiento que

mostró desde sus primeros estudios, le valieron la distinción de sus catedráticos, quienes fomentando tan ventajosas dotes, le hicieron alcanzar precozmente un aprovechamiento notable por su extensión y su profundidad. En aquellos tiempos de preocupaciones nobiliarias, absurdo sistemático que constituía el principal carácter de la oprobiosa dominación, no eran, con todo, la buena conducta y el saber, títulos bastantes para alcanzar distinciones científicas ni sociales; y así, preciso le fue á Blanco, por más que á su razón repugnase, practicar justificaciones de origen y méritos de linaje, las que le dieron abundantes y satisfactorias cuantos le conocían, y fueron á agregarse á los títulos de verdadero merecimiento que de sus catedráticos había recibido, tanto en las clases menores como en el estudio de las letras sagradas á que se había contraído. Pero mientras el joven Blanco coronaba con tan buen éxito sus afanes científicos, la América se estremecía y se preparaba para la cruenta lucha que había de dar por resultado su emancipación de la Metrópoli y la erección de la República sobre el despedazado trono de los Virreyes. La aurora de la libertad del mundo había brillado, escogiendo á la Francia por oriente; habíanse emancipado ya las colonias inglesas, y la madre patria se debatía bajo el yugo ponderoso del nuevo César, que había pedido prestado su manto á la libertad para mejor subir las gradas del Imperio. A tan gloriosos acontecimientos, el corazón del joven eclesiástico se estremeció bajo su buriel, como el de Aquiles á vista del acero de los falsos mercadantes. Empero, algo había pasado en estas mismas colonias, que más vehementemente le aguijaba. Los sucesos de junio de 1797, el cadalso del primer mártir de Venezuela, el generoso España; y luégo las tentativas desgraciadas de Miranda sobre las costas americanas, habían despertado en su alma aspiraciones naturales hacia un orden de cosas más cónsono con sus instintos de independencia y de dignidad de hombre.

Terrible fue la lucha de su ánimo. Habíanle in-

ducido sus protectores á adoptar aquella carrera, y él no había resistido, como quiera que ella era la única que podía conducir á un americano á merecer consideraciones y ascensos en aquellos tiempos de desconfianzas, de ignorancia y opresión. No contaba verse tan pronto envuelto en aquel tumultuoso movimiento que hacía estremecer el mundo y que la onda revolucionaria trasmitía á Venezuela con muestras visibles de una disposición providencial.

En tal perplejidad de espíritu vio él llegar el 19 de abril de 1810, (1) en que debía comenzar el gran episodio de la caída de Emparan, y del establecimiento de un gobierno hijo de la voluntad popular, que proclamaba grandes y generosos principios, como la abolición de odiosos tributos, libertad de alcabalas, prohibición de importar esclavos, fomento de las industrias, comercio libre con todas las naciones del globo. No era Blanco hombre á quien no movieran y exaltaran innovaciones que tan alto hablaban al espíritu, y en las cuales se adivinaba oculto el germen de más nobles y tentadoras conquistas. Veía en ellas, ante todo, á la justicia y la moral reivindicando su imperio; y no había menester más para lanzarse á las filas de los reformadores y ofrecer el contingente valioso de sus conocimientos y recto juicio á la iniciada causa.

Consignemos aquí un párrafo, de narración inédita, de uno de los actores del movimiento del 19 de abril:

"Volvió Emparan de la Catedral, y en el Ayuntamiento abrió, de nuevo, la discusión sobre los acontecimientos de la Península y su Gobierno. Emparan se acaloró tanto en ella, que no puso reparo ni óbice en los ataques que le hacían los Dres. Roscio y

(1) José Félix Blanco, iniciado en la Revolución del 19 de abril de 1810, fue actor con Roscio, Sosa, Madariaga y otros en la deposición de Emparan.

(*El Federalista* de Caracas, número 1.404, hablando de la época en que comenzaron sus servicios los pocos antiguos servidores que vivían para 1868.)

Sosa, que, con el título de Diputados del público, tomaron asiento en el Ayuntamiento y le impugnaban sus informes sobre el estado de la Península. Allí en el salón, en aquel momento memorable para la América, estaba el joven Presbítero José Félix Blanco, uno de los iniciados y comprometidos en el proyecto de Revolución; y cuando el debate tenía aspecto desfavorable para los patriotas, vimos levantarse al Dr. Roscio, que se acercó á Blanco y le sacó de la sala. Fue su objeto que éste saliera á comunicar al Canónigo Cortés de Madariaga la necesidad de venir volando al Ayuntamiento donde se le necesitaba. La actividad del joven Presbítero consiguió encontrar pronto al Canónigo en un confesionario de la iglesia de la Merced. Allí le impuso de su comisión, de todo lo ocurrido en el Cabildo. A poco vimos volver á Blanco, y que se incorporaba Madariaga como Diputado del Clero. Desde aquel momento fue éste el protagonista de la escena, el que rebatió al Capitán General sus noticias, con impresos y cartas que sacó de sus bolsillos, y el que lo condujo al extremo de sacarlo al balcón para preguntar al pueblo si quería que él continuara mandándolo."

No podía ser la paz, sinembargo, el resultado inmediato de aquellas transformaciones; pues todo cambio social produce siempre quebranto de intereses y desgarramiento de afectos que impulsan á la lucha á los que ven desmoronarse el edificio de sus medros ó de sus satisfacciones. Así, las Provincias de Maracaibo y Coro no fraternizaron con las demás de Venezuela; antes resistieron é hicieron alardosos aprestos para la guerra.

Necesario fue entonces abrir la campaña y apelar á las armas para que dejasen cimentados los principios; porque fallo es que la barbarie pronuncia y la civilización obedece, que no han de prevalecer ellos, por sagrados que sean, sino escritos con la sangre de los pueblos. Aquí comienza la larga y cruenta serie de penalidades, fatigas y martirios que siguió Blanco sin interrupción y con una constancia

inalterable. Nombrado Capellán de las tropas que á las órdenes del Marqués del Toro abrieron operaciones contra Coro, marchó con el Ejército; y bajo el mando del Coronel Santineli, segundo Jefe de aquel, se halló en la acción de Aribanaches, y luégo en aquella de Coro que tan buen término auguraba á las operaciones, pero que desgraciadamente no produjo resultado fructuoso. Acompañó al Ejército en su retirada; y al año siguiente, proclamada ya nuestra absoluta independencia de la Metrópoli, á las órdenes de Miranda, que había tomado á su cargo la dirección de la guerra, se encontró en el sitio y toma de la plaza de Valencia.

Ya hemos dicho que sería por demás prolijo seguirle á través de todos los intrincados movimientos de la primera época; y apuntaremos solamente los grandes hechos de armas en que se halló, y en los cuales, á más de los servicios peculiares de su ministerio, prestó activa cooperación con sus luces y sabios consejos, en que resaltaban hábilmente combinados el arrojo y la prudencia, sin que el uno pusiese venda á la otra para la elección del camino, ni esta acortase á aquel los vuelos, una vez enderezado á la ocasión.

En 1812 acompañó al Coronel Jalón en la campaña de Occidente. Allí, á las órdenes del Coronel Gil, intrépido é inteligente Oficial, sufrió con el triunfo obtenido por las tropas de Ceballos; luégo presenció la derrota de las nuestras con la pérdida de Carora; y fue, por fin, testigo de la desastrosa batalla de San Carlos, en que la traición, decidiendo del éxito, causó la inmolación de la mayor parte del Ejército republicano, no habiendo alcanzado á salvarse sino muy pocos, que lograron retirarse á Valencia con su Jefe de aquel día, el Coronel Miguel Ustáriz. De este número fue Blanco.

Cuando el canario Monteverde ahogó, casi, en mares de sangre la iniciada revolución, y que sus esbirros y verdugos los Cervériz, Zuazolas y Antoñanzas sustituían con el imperio del terror y la bar-

barie el de las grandes verdades filosóficas y políticas que habían proclamado los pueblos: en aquellos días en que la debilidad con sus vacilaciones, la apostasía con sus perjurios y la incredulidad y el desaliento, parecían conjurarse para matar toda esperanza de resurrección de la noble idea, Blanco hizo prueba notoria de la firmeza de sus principios, alentó, confortó; y arrostrando sereno la tempestad, previó y aguardó la reacción que tan enérgica debía surgir de tantas persecuciones y barbaridades como perpetraban los sectarios del despotismo. Así, apenas volvió Bolivar á tierras venezolanas, ceñido ya con los laureles de su primera campaña en la vecina República, reviviendo con el aliento de su genio el mal apagado fuego, y afrontando con sólo un puñado de valientes las numerosas huestes españolas, voló Blanco á incorporarse en sus filas, comprendiendo desde entonces que la salud y la gloria de la patria se encerraban en la frente y el corazón de aquel hombre extraordinario. Bárbula, Las Trincheras y el Palito, Puerto Cabello, Barquisimeto, Vigirima y Araure, fueron testigos de su ardimiento y constancia, en la próspera ó adversa fortuna; y fueron sus merecimientos en esta peligrosa campaña lo que le conquistó el afecto y la estimación con que le distinguía el Libertador, que de ello le hizo después repetidas y no insignificantes manifestaciones.

El año de 1814 fue la época de prueba para la causa de la Independencia: las heroicidades de los patriotas rayaban en lo fabuloso, su entusiasmo en frenesí; y sinembargo nunca vieron mayores reveses; los desastres se sucedían sin interrupción, y Venezuela era toda una escena de sangre y de llamas en que se destacaba en primer término, pavorosa y terrible, la figura de Boves, como la sombra evocada del acaudillador de los Hunos. Blanco, que, después de la acción de Araure, el año anterior, había quedado en Occidente en la División que mandaba el intrépido Urdaneta, luchó con pecho imperturbable contra aquel torrente de adversidades y tri-

bulaciones, y se halló en los combates que en aquella parte de la República se libraron, como los de Guama, Cocorote y Ospino; para marchar luégo con el valeroso Villapol en auxilio del Libertador, quien semejante á un titán sostenía en el memorable campo de San Mateo el edificio de la libertad, que se desmoronaba al empuje de las numerosas huestes de los realistas. Allí unió Blanco sus esfuerzos á los de aquellos valientes; y como ninguna actividad excedía á la suya y su resistencia material era tanta como la tenacidad de su ánimo, fue luégo destinado á Caracas haciendo parte del refuerzo que en defensa de la capital destacó aquel gran Capitán desmembrando la corta hueste con que á Boves resistía; y cúpole parte en la victoria de la sabana de Ocumare, alcanzada contra el sanguinario Rosete, por aquel Ribas á quien parecía sometida la fortuna y cuya estrella no debía ocultarse sino para no reaparecer jamás.

Después de estos acontecimientos, volvemos á verle en Bocachica. Allí combatió también y venció, á las órdenes de Mariño. Pero en su opinión, aquel fue un triunfo que hizo estéril la inexplicable apatía del jefe republicano, que en mala hora contuvo el arrojo de Valdez, Bermúdez y Montilla. La historia, al relatar esta batalla y considerar sus consecuencias, cita de esta manera el juicio formado por Blanco:

"Sea lo que fuere, un Oficial que fue testigo presencial del suceso, que es juez idóneo en la materia, y á quien nadie puede negar entre otras cualidades, la de una honradez y veracidad á toda prueba, el Coronel José Félx Blanco, nos dice: Lejos de aprovecharnos de la bella oportunidad de destruirle (al enemigo) cargando sobre él con todo nuestro ejército, emprendimos también una vergonzosa retirada por los cerros del Pao para salir á La Victoria, en cuyo escabroso tránsito perdimos más gente y más caballos, por la deserción y el cansancio, que por el fuego en el combate de aquel día."

Inmediatamente después pasó Blanco á Valencia, donde se preparaba Urdaneta para la defensa de

aquella plaza, con escaso número pero de sobrado arrojo; y allí sobrellevó las penalidades de aquel cerco, la relación de lo cual hace todavía estremecer de angustia y desesperación. Incorporado de esta manera á sus filas, continuó la campaña y estuvo en la primera gran batalla de Carabobo contra el Capitán General Cagigal, y en las acciones de Brujitas y Camoruco, y siguió luégo á su jefe en la famosa retirada que, á causa de la total pérdida de la República, emprendió el Ejército de Occidente hacia Nueva Granada. Como se ve, no era Blanco de aquellos á quienes los descalabros desalientan ni á quienes debilita el ánimo la perspectiva de un futuro incierto. Por el contrario, doblando su actividad y reforzando su constancia, vésele siempre acudir donde el peligro de la patria es más inminente y contribuir al triunfo de sus principios con la mayor abnegación, y viendo al través de los obstáculos la imagen gloriosa de la República, que le alienta y le excita.

Sigámosle ahora en la retirada á la Nueva Granada, y veamos qué nuevos servicios presta allí á la causa de la libertad. Llegado á tierra granadina el resto del ejército de Venezuela, no fue contra los enemigos extranjeros que abrió Bolívar campaña primeramente. La primera orden que recibió del Congreso, reunido en Tunja, fue la de proceder á practicar la unión de Cundinamarca á la República, departamento que desde el tiempo de Nariño se había separado, con no pequeño perjuicio para la causa de la Independencia. Con él partió Blanco entonces para Bogotá; y sometida esta ciudad en virtud de honrosa capitulación, á pocos días de establecido el Gobierno recibió Blanco el nombramiento de Vicario general del Ejército de la Unión. Revestido de tal carácter acompañó á Bolívar sobre Santa Marta, empresa que malograron rivalidades de trascendencia tal, que hicieron por fin que Bolívar dejase el mando de las tropas y se embarcase para Jamaica. En esta desventurada expedición se halló Blanco en la ac-

ción de San Estanislao y en la toma de la Popa, donde sentó sus reales el ejército para el sitio del puerto de Cartagena.

Tuvo que sufrir Blanco entonces el disgusto que había de ocasionarle la separación del único hombre en quien confiaba y veía suficiente genio y valor para llevar al cabo una empresa que habían tomado á pecho entorpecer la envidia y la más pretenciosa emulación; y, entonces, arrostrando dificultades y peligros sin cuento, en un país ocupado casi todo por fuerzas españolas, remontó los ríos Cauca y Nechí, entró en Zaragoza en la provincia de Antioquía, y atravesándola por su norte, subió por el Magdalena á poner en conocimiento del Gobierno los tristes y fatales sucesos de Cartagena, la ausencia del General Bolívar á la Jamaica, y á ofrecer de nuevo sus servicios á la Patria. Amenazada la Nueva Granada por el común enemigo; dirigiéndose Morillo con sus más escogidos tercios hacia ella, Blanco siguió en servicio á las órdenes del General Servier, generoso francés que consagró á la América su espada y su sangre. Bajo la dirección de este jefe corrió las eventualidades de nuevos descalabros, y ocupado al fin por los realistas todo el territorio granadino, forzoso les fue á unos pocos venezolanos que bajaban por el Meta y Casanare al Apure, ponerse en Arichuna á las órdenes de Páez, quien para aquel tiempo, jefe de algunas caballerías, había conseguido ya brillantes ventajas en las llanuras de Apure. No debemos pasar adelante sin apuntar un hecho que, en esta retirada hacia Venezuela, manifiesta el arrojo y actividad de Blanco. Después de la acción de Cáqueza, en la del paso del Río Negro, aquel ejército, diezmado y fatigado por largas y penosas marchas, iba á perecer todo, estrechado contra la ribera de dicho río; pero Blanco, previsor y sereno siempre, con una perspicacia de espíritu y prontitud asombrosas, puso las cuerdas para el paso de las tropas, y, ejecutado el peligroso movimiento, las cortó bajo los fuegos de la División de

Tolrá, previniendo así no sólo la pérdida total de la tropa, sino también la de muchos hombres ilustres que seguían la retirada. Fue después del combate de Pore, capital de la provincia de Casanare, y de su ocupación por las fuerzas españolas, que, según ya hemos dicho, bajó él con otros á los llanos del Apure.

Bien refiere y pinta la historia la azarosa vida y duros trabajos á que se vieron sometidos Blanco y sus compañeros, en aquel campamento salvaje de donde parecían desterrados todo orden y regularidad, y donde sólo el heroísmo era tan grande como la indisciplina. La obediencia de aquellos indómitos llaneros, cuando la prestaban, tenía más carácter de condescendencia y favor que de deber; y sólo Páez y los Jefes de su mismo territorio alcanzaban alguna preponderancia en sus ánimos. En tal teatro pasó él la última mitad del año de 1816, y tomó parte en la gloriosa batalla del Yagual, dada contra la División de López, en la ocupación por la fuerza de la Isla de Achaguas, y en el sitio puesto por el mismo Páez á San Fernando.

A fines de aquel año, noticiosos los refugiados de Apure de la presencia de Bolívar en el Oriente, y de la imponente actitud que tomaban Piar y Cedeño, resolvieron marcharse á la provincia de Guayana, como lo verificaron en efecto, con pasaporte únos, sin este requisito ótros, y algunos desertados, siendo Blanco el único que se separó del ejército de Apure, como comisionado especial, porque deseando el General Páez ponerse en comunicación con el Libertador, dio á Blanco el encargo de conducir sus pliegos, así como el de que, como hombre recto y de buen sentido político, informase á la voz á Bolívar del verdadero estado del ejército de Apure; y también otros informes de confianza é importancia para las operaciones militares, todo lo que desempeñó, al decir más luégo del Libertador y de los Generales Páez y Piar, "con toda exactitud."

Después de inminentes peligros, consiguientes á tan larga travesía, ocupada por fuerzas realistas, in-

festada por guerrillas enemigas y por tribus salvajes y feroces, se reunió Blanco con Piar en enero, sirvió en el sitio y asalto de la plaza de Angostura, y ayudó á la toma y ocupación de las Misiones del Caroní.

Por demás oportuna y feliz juzgó aquel jefe, lo mismo que los Coroneles Anzoátegui, Chipía, León Torres y otros, la llegada de un hombre tal como Blanco, más adecuado que ninguno, por la dignidad de su carácter, su talento y su juicio, para la difícil tarea de pacificar, organizar y regir tan importante departamento. Contribuían muchas circunstancias á hacer tan valiosa la llegada de Blanco. Las personales de él, que hemos indicado, doblan su valor, en vista del desorden que había producido la entrada repentina de las tropas en comarcas donde nunca se habían visto soldados armados; y también la persecución y prisión que algunos Jefes militares habían ejecutado, de orden de Piar, en la persona de los Padres capuchinos que allí gobernaban, la retirada á los montes, de los indios, que huyeron despavoridos; y, por último, la circunstancia de ser las Misiones una inmensa fuente de recursos para las huestes realistas que ocupaban á Angostura. Pronto dio Blanco pruebas irrecusables de lo acertado de su elección, organizando todos los ramos del servicio y poniendo á las Misiones en estado de producir los recursos necesarios para sostener el Ejército, para dar vida á la República, agobiada bajo el peso de las deudas contraídas por Bolívar con prestamistas extranjeros, para obtener elementos de guerra y dar cima á sus atrevidos planes.

Hacía dos meses apenas, que, como Comandante general de las Misiones, se ocupaba Blanco en los pacíficos trabajos de su Administración, cuando Piar, que había ido á conferenciar con Bolívar en el Chaparro, volvió al Caroní, y acordó con él el plan de la jornada de San Félix. Página es esta en nuestra historia, que recuerda el relato de las heroicidades de Grecia y Roma: combate homérico en que sólo

el valor y la pujanza personal decidieron el triunfo; desdeñados, con excepción del arma blanca, los modernos elementos de guerra, como lentos y tardíos al ímpetu del coraje y al ansia de la victoria. Grabado vive en aquel campo famoso el nombre de Piar; y en tal manera, que ni sus faltas posteriores, ni su sangre, derramada en el cadalso, han podido borrarlo ni oscurecerlo.

Blanco, á quien aquel Jefe había pedido urgentemente 500 caballos en que remontar sus jinetes, á fin de preparar resultado favorable al intento concebido, procedió con tanta actividad, que en el momento oportuno y al repasar Piar el Caroní en busca de los enemigos, le presentó, no 500, sino 700 caballos y 500 indios lanceros que había reclutado á la ligera en las Misiones. Esta tropa, que no conocía ni quería otro Jefe, fue enviada á disposición de Piar como un poderoso auxiliar en la tan memorable batalla de San Félix.

En el ardor de aquella acción, en que, según las palabras de la Historia, "el ruido que se oía era el del choque de las bayonetas y las lanzas en medio de la brega silenciosa y solemne," Blanco tomó activa parte llevado de su amor patrio, como el mismo Piar, desde el campo de batalla y ya triunfante, se lo manifestó en afectuosa nota, día 12 de abril.

Alcanzada la victoria, continuó Blanco en sus laboriosas ocupaciones ordinarias de Administrador de las Misiones. En ésta, si bien es cierto que le aguardaba cosecha abundante de merecimientos, preparados le estaban también amargos sinsabores, como quiera que eran aquellas las únicas fuentes de recursos para los Jefes patriotas. Como muestra de los importantes servicios que prestó Blanco á la revolución en aquellas circunstancias, así como de las inmensas dificultades y continuos obstáculos que le embarazaban en la administración de aquellas comarcas y que tenían en perpetuo alarma á su rectitud y pureza, vamos á citar aquí los autorizados testimonios de Bolívar, Zea, Pedro Briceño Méndez y aun

del mismo Piar, que á poco se desazonó con él, á causa de denegarse á entrar en operación no bien calificada, que revelaba ocultas miras de la justa preferencia que Blanco daba á las órdenes del Libertador á quien ya hostilizaba por celos de mando y mezquinas pasiones el mal impresionado caudillo de San Félix.

Con fecha 28 de mayo le decía Briceño á Blanco: —"Parece que usted, lo mismo que yo, no puede acomodarse con las costumbres de algunos de nuestros militares actuales y de los que se acompañan con ellos. ¿Qué quiere usted que sea? El vicio se propaga y arraiga muy pronto. Algún día se destruirá." Conceptos demasiado trasparentes. Más adelante añade: "El General Piar me encarga decirle, que trasladado á San Miguel un nuevo destacamento, tiene ya usted esas tropas más que mantener."

En junio le decía Bolívar:—"El General Piar vino aquí. Ya antes había dado órdenes para que no le obedeciesen á usted los subalternos de las Misiones, habiéndome vuelto á oficiar que la autoridad de usted era innecesaria..... Esta monstruosidad, repito, yo la comprendo; pero en estas circunstancias, en que estamos esperando al enemigo, es prudencia sufrirlo todo, para que no se nos disloque la miserable máquina. El empeño de Piar era que no quedase usted más de Comandante, porque viviendo él en las Misiones y usted de Jefe de ellas, quedaba indirectamente dependiente de usted, y esto hallándose en choque abierto con usted. Le parecía este estado comparable á la muerte. Para cortar yo este inconveniente y evitar otros muchos, le propuse espontáneamente que quedase usted bajo sus órdenes como antes lo estaba, para que no fuese necesario quitarle á usted el mando de las Misiones, pues en mi opinión sería uno de los más grandes perjuicios que pudiera sufrir en la época presente.—Querido amigo: yo le pido á usted por favor, que sufra y calle, como lo hacemos todos por el bien de la Patria..... y entretanto, trabaje usted

como siempre con la actividad, celo y patriotismo que le distinguen. No altere usted en nada las instrucciones que ha recibido para el servicio del ejército, sólo sí dirigiéndose á Piar, para que él conozca que usted se somete voluntariamente. Haga usted este nuevo sacrificio por mí."

¡Cuánta confianza en el patriotismo de Blanco tenía Bolívar, cuando así le escribía! Esta sola página basta para elevar á un hombre y ponerle muy por encima de todos esos vulgares encomiadores de sí propios. En toda esa correspondencia de Bolívar con Blanco, que tenemos á la vista, no hay una sola carta en que aquel no añada un testimonio de estima ó gratitud á cada nueva exigencia de recursos para llenar las necesidades del ejército. Nunca tuvo aquel Gran Capitán que hacerle otra recomendeción que la de mayor templanza y menos severidad en cumplimiento del deber; mientras que sí le pedía y aceptaba sus consejos en todas ocasiones.

Subió de punto la gravedad de la posición de Blanco para junio de 1817, pues ya Piar, que no encontró en él un compañero de miras secretas, ni un agente para su plan sedicioso, se declaró muy descontento hasta el punto de no creerle su amigo, y por esto, mayormente en puésto tan importante, aunque rodeado de tan encontradas exigencias que hacían de su desempeño una verdadera tortura, permaneció Blanco, sin embargo, hasta fines del año de 17, habiendo arbitrado recursos, á costa de sobrehumanos esfuerzos, para el equipo de la escuadra de Brión, para el pago de algunas deudas por elementos traídos de las colonias, para la contrata y trasporte de la legión extranjera, y en fin, para la mantención, por todo ese tiempo, de las tropas que ocupaban á Guayana, y parte de las que guarnecían á Maturín y Barcelona. Hé aquí una ligera muestra de los que puso á disposición de Bolívar mismo: 800 cargas de víveres para la expedición del ejército al Apure, 740 mulas y 200 pacas de algodón para pagar lo que se debía por conducto del

Almirante Brión; aparte de los empleados en otras mil atenciones nacidas de las circustancias, y mayormente de los abusos de muchos Jefes insubordinados que creían que todo su deber se reducía á combatir por la República.

Hastiado, por último, con tanta pugna y tan frecuentes sinsabores, se separó de la dirección de las Misiones; pero no para retirarse al descanso, sino para añadir nuevos y provechosos servicios á los que hasta entonces había prestado á la patria y á Bolívar.

Este había conquistado á Angostura para que le sirviese de base de operaciones, y tenía ya establecido allí el Gobierno nacional, con el aparato legal que los tiempos permitían. Pensaba Bolívar en los medios de reconquistar lo perdido, dirigiendo sus miras preferentemente á la recuperación del centro de Venezuela.

A tal fin llamó á Blanco á la capital y le expuso su pensamiento y su deseo de que le acompañase en la nueva campaña que hacia aquella parte preparaba. Blanco, sinembargo, abrigaba diferente opinión relativamente al rumbo que debía darse á la expedición; él conocía qne los reveses que Bolívar había tenido recientemente y otras circunstancias á que daba origen la emulación de sus tenientes, le tenían flaco de opinión en Venezuela, mientras que en Nueva Granada gozaba de grande opinión por sus hazañas y poseía hombres para ejércitos y riquezas para sostenerlos. Así lo expuso al Libertador, como la conveniencia que presentaba acometer la reconquista de la Nueva Granada y sacar de esta con aquella los recursos para la de Venezuela en seguida. Fue en virtud de sus observaciones y razonamientos que el Libertador trató de modificar su parecer, y le comisionó muy reservadamente para que pasase á la limítrofe provincia de Casanare é inquiriese, para asegurarse del estado de la opinión pública, la situación que tenían los realistas y los recursos con que pudiera contarse en Nueva Granada, caso de tentar fortuna por aquellas regiones.

Con todo, no fue recibido esta vez con bastante ardor el consejo de Blanco, y no habiéndosele vuelto á hablar de su comisión, salió él á llenarla por su cuenta, y á expensas de crédito privado, emprendiendo su largo y penoso viaje por el río Meta, en clase de negociante. Llegado á Pore, tuvo la fortuna de hallar allí (y de hacer con él relación) al antiguo Coronel Molina, hombre de prestigio y gran valimiento, tanto por su riqueza como por su patriotismo y sus servicios. Captóse la confianza de este Jefe, y habiéndole revelado el objeto de su viaje, siguieron de acuerdo tejiendo la trama de la nueva invasión, secundados también por el Coronel Leiva, de Soatá, y los Almeidas, patriotas guerrilleros de Cúcuta.

Fue en vista de los informes de Blanco, y al retorno de éste á Guayana, cuando el Libertador, convenido y halagado por sus circunstanciados y favorables detalles, resolvió mandar á Santander en comisión militar á aquellas llanuras, como lo hizo.

Tal es el verdadero origen de la expedición de 1819 á Nueva Granada ; y tanto nos importaba esclarecer este punto, cuanto que los historiadores Baralt, Restrepo y Larrazábal, no disciernen á Blanco todo el honor que le cumple en tal respecto ; y nada dicen relativamente á la prioridad de su idea sobre el pensamiento del Libertador.

Blanco, que no ha servido nunca á su patria por interés ni con aspiraciones de gloria personal, ha guardado y guarda sobre ello un modesto silencio, no obstante los años que cuentan las obras de Restrepo y de Baralt ; y seguramente por su parte no se hubiera esclarecido nunca el punto. Pero ninguna oportunidad mejor para hacerle justicia, que la en que el señor Ramón Azpurúa haga la publicación de la obra de Blanco en que reforma la de la " Vida pública del Libertador."

Qusiéramos citar, en corroboración de lo que apuntamos acerca del origen del pensamiento de aquella campaña, párrafos explícitos y terminantes de un Manifiesto publicado por Blanco, en Bogotá, en mar-

zo de 1829, y circulado en la República cuando aún vivía el Libertador y residía en Colombia,—Seríamos demasiado extensos—pero allí se encuentran esos datos, á la página 5ª del citado *Manifiesto*, como también el resultado de su viaje á Casanare.

Tomemos de nuevo el hilo de nuestro discurso.—Después de esos servicios, conocidas su actividad y sus dotes como organizador, fue nombrado nuevamente para Director de las misiones, empleo que desempeñó hasta el año de 1821. A más de sus ordinarios servicios como Administrador y como proveedor de recursos para el ejército, prestó los muy especiales y valiosos de pacificar aquellas comarcas, destruyendo las guerrillas que recorrían el territorio, al mando de Patricio Amadillo. Si no temiéramos extendernos demasiado, haríamos aquí relación de los recursos que puso á disposición del Gobierno en esta época; baste saber, en testimonio de su ejemplar conducta, que después todos los Gobiernos que se sucedieron, ponían la vista en él preferentemente, siempre que á álguien tenían que confiar alguna comisión que requiriese especial actividad y honradez. De su honradez, "honradez proverbial en Colombia," como dice un historiador moderno al referirse á Blanco, sobre todo, tiene él convincente certificato en su pobreza, que ha sido inseparable compañera de sus nobles dotes. Pobre se le vio dejar siempre la Administración de las Misiones, á las que tanto hizo producir para su patria; y pobre en tal extremo, que al separarse la primera vez de aquellas, movido de su casi completa desnudez, ordenó el Libertador espontáneamente que se le diesen unas piezas de estopilla y medias y pañuelos; mientras que el General Urdaneta le regalaba un corte de paño para que hiciese casaca y tuviese cómo presentarse en Angostura. Sus contemporáneos saben que esa pobreza no venía de otras causas que de su desprendimiento y pureza, pues conocen lo arreglado de su vida y lo austero de sus costumbres. "Yo no he servido á mi patria por sueldos, ni recom-

pensas : la he servido por amor á ella, por mi deber de americano." Así contestó Blanco á Santander al renunciar en favor del Tesoro público su haber militar que el Gobierno de Colombia le declaró como Coronel. Por honrosa que le sea esta declaración, la habríamos tal vez pasado en silencio, temiendo ruborizar al honrado patriota ; pero ya antes ha sido publicada, como consta de documentos que á la mano tenemos, dados á la estampa en Bogotá antes de la disolución de Colombia.

La elección hecha en él para Diputado al primer Congreso Constituyente de Colombia, por la provincia de Guayana, le llevó entonces á Cúcuta. Conocidos son los trabajos de ese Areópago inmortal en que el imperio de los principios se sobrepuso al de todos los intereses que había creado la guerra : donde triunfó la idea sobre la espada, y la verdad se levantó magnífica sobre todas las arterías y mezquindades de las pasiones ; donde nació Colombia, sueño generoso del Gran Bolívar, que á pesar de las injurias de la ambición y de los golpes del egoísmo, aún hace palpitar el corazón de cuantos aman á América y se ocupan en sondear los horizontes de sus futuros destinos ; Areópago, en fin, en donde la ley se sustituyó á la disciplina militar, siempre despótica y arbitraria, y abrió una nueva éra, de garantías y de normalidad.

En todos estos tiempos civiles fue Blanco uno de los ardorosos lidiadores ; y, concluídas allí sus tareas, volvió al Orinoco, á organizar aquellos pueblos con arreglo á los preceptos dictados por el Constituyente.

En 1823 fue escogido por el Vice-presidente Santander para pacificar el interior de la provincia de Santa Marta inquietada por las guerrillas de "Los Colorados Jácomes" en Ocaña, "Labarries" en Chiriguaná y otros ; dándole el especial encargo de cooperar á la reconquista de Maracaibo, que para aquella época había sido recuperada por el Ejército realista al mando de Morales. Cumplió esta nueva co-

misión tan satisfactoriamente como las anteriores: así fue que, á mediados de 24, cuando se retiró de aquel mando, dejó completamente tranquilos los pueblos que se habían confiado á su prudencia. Pero al separarse, hizo lo que muy pocos acostumbraban entonces: rindió una cuenta escrupulosa de la inversión del dinero recibido por él del Tesoro público para el desempeño de aquel encargo; y el célebre Restrepo, á la sazón Ministro de Interior y Justicia del Gobierno de Colombia, fue el encargado para darle las gracias por sus valiosos servicios y aplaudir un comportamiento que tanto resaltaba en época de desorden.

Cuando Venezuela, en 1826, arrastrada por las pasiones de algunos ambiciosos, descontentos é ingratos para con Bolivar, desconocieron la ley, pidió reformas y proclamó en actitud bélica la separación, el Coronel José Félix Blanco, oyendo no sólo la voz del deber sino también la de su lealtad al Libertador, contra quien iban principalmente dirigidos aquellos trastornos é intrigas, tomó servicio, y con el destino de Comandante de armas de las provincias de Mérida y Trujillo, se lanzó francamente á contrarrestar unos trastornos que habían de desquiciar el edificio colombiano á costa de tantos esfuerzos levantado. Allí, con su resolución característica, se consagró á resguardar á ambas provincias del contagio revolucionario, y allegó tropas, y preparó elementos de guerra, en espectativa de lo que pudiese acontecer; de manera sea que cuando el Libertador llegó á Maracaibo, fue una de sus primeras medidas nombrarle Jefe de Estado Mayor de una División que debía formar con el contingente de las provincias de su mando y ponerse á las órdenes del Benemérito General Salom.

Felizmente, no fue entonces necesario el sangriento recurso de las armas para aplacar aquellas turbulencias, pues bastó á ello la presencia, en fines de 1826, del Genio de Colombia; y á Blanco se le destinó nuevamente á puéstos de confianza en lo adminis-

trativo ; y desempeñó luégo la Comandancia de armas de Barinas y la Intendencia general del Departamento del Orinoco.

El contrabando que empobrecía las rentas del Estado por el descaro con que se perpetraba en la provincia de Guayana, y la mala administración y el despilfarro que hacían sufrir á aquellas, fueron causa para que el gobierno mandase á Blanco que, dejando á Barinas y trasladándose á Angostura, tomase á su cargo la inspección inmediata de todas las operaciones. Asombrosos son, á la verdad, los resultados de esta medida. Las rentas del tabaco únicamente, estancado entonces, produjeron en el primer año la suma de 114.000 pesos, cantidad á que no había alcanzado en los seis años anteriores todos juntos. Correspondió, pues, Blanco á la seguridad de Bolívar, que, por medio de su Secretario Revenga, le había dicho al nombrarle : " Este nombramiento, en las circunstancias en que se ha hecho, deja de manifiesto la confianza que tiene el Libertador en el celo, actividad y patriotismo de usted." Y en carta de 19 de mayo, así lo reconoció el mismo Bolívar, cuando para destruir algunas objeciones de Blanco, le decía : " Contesto sus dos apreciables cartas, que he leído con todo el interés que ellas contienen, y me he aprovechado de los informes que usted me da sobre el estado de las rentas de ese país, y sobre todo, del de Guayana. Por lo mismo, insisto é insistiré cada vez más, en que usted debe ir á Angostura. Los hombres del carácter y rectitud de usted no reparan en los escrúpulos que usted indica, sino marchan airosos por el camino del bien y de la honradez."

A fines del año 28, con el nombramiento de visitador de los partidos de San Gil y factorías de San Carlos y Pie de Cuesta, para arreglar allí y dirigir la Administración de las rentas del tabaco de Girón, recibió una carta de Bolívar en que le manifestaba la urgencia de su aceptación, en las siguientes honoríficas frases : " Está usted llamado

para que venga á esta capital. Yo deseo que usted nos ayude á revivir esta patria casi destruída. Véngase usted, que se lo ruego con el más vivo encarecimiento y el mayor interés." Y no se crea que estas eran palabras de cortesía dictadas, como acontece á menudo, por un secretario ; escritas están de la mano misma de Bolívar, y en medio de las inmensas atenciones que el Gobierno de Colombia imponía. Y fue tan eficaz y de tanta utilidad su presencia allí, que en una nota fecha 7 de octubre de 1830 le dijo el Ministro de Hacienda de Colombia : "El Gobierno está plenamente satisfecho de la conducta observada por US. en calidad de Director de la renta de tabacos del Departamento de Boyacá : se reconoce deudor á US. de los progresos que ella ha hecho en el último año económico y que sigue haciendo, los cuales son un justo título adquirido por US. á la gratitud nacional y al aprecio del Gobierno." Y luégo, en otra nota de 18 de mayo de 1831, se le dirigen los siguientes conceptos : " La ausencia prematura de usted, del Departamento Boyacá, en el año anterior, ha detenido los progresos que la renta de tabaco había empezado á hacer bajo su dirección. Usted es el llamado á darle en el referido Departamento el impulso que requiere." Como se ve, cuando la contracción, la laboriosidad y la pureza pendían de un hombre, el Gobierno se apresuraba siempre á mandarles á Blanco.

Parécenos bien advertir, no sea que se deduzca del contexto del oficio anterior que Blanco se había separado del servicio, olvidando á Colombia, que por el contrario, en aquellos momentos en que la ingratitud y la ambición la desgarraban y volvían contra el Libertador sus aleves tiros, era cuando Blanco echaba á lucir más las galas de su fidelidad, yéndose á Cartagena á acompañar en su desgracia al Libertador. Nombrado Comandante General de los Valles de Cúcuta, recibió el merecido ascenso á General de Brigada; y á los pocos meses se creyó conveniente llamarle á servir en el ramo de Ha-

cienda, ramo que era un verdadero caos en aquellos malhadados días. Pero nuevos é inesperados sucesos le arrancaron pronto á estos trabajos.

Bolívar, agobiado bajo el peso de tantos disgustos, y deseoso de mantener en pie, no su personalidad, sino la obra mimada de su pensamiento y de su espada, se había separado del mando de Colombia, alucinado con la esperanza de que todo aquel desbordamiento fuese obra solamente del odio de sus enemigos personales y no del deseo de destruir á Colombia. Mosquera y Caicedo, que le habían sustituído en el ejercicio del Poder Ejecutivo, habían caído del mando ; y engañado Bolívar por las actas de pronunciamientos de los pueblos, había concebido nuevas esperanzas y convenido en desistir de su proyecto de alejamiento del país. Blanco, su amigo y admirador, fue llamado al servicio por sus copartidarios en 20 de septiembre de 1830, á fin de que marchase con una columna sobre el Departamento de Boyacá. Mas llegada la noticia de haberse pronunciado Río Hacha contra los intentos de Urdaneta, fue destinado como Jefe de operaciones sobre aquel punto. Marchó con toda diligencia el General Blanco, y á su pericia y valor bastaron pocos días para alcanzar la pacificación de aquellas comarcas ; pues habiendo logrado pasar el río Upar sin oposición alguna, cayó sobre las fuerzas contrarias en el pueblo del Molino, con disposición tan acertada y con tan buena suerte, que, desbaratándolas completamente, sometió, sin más, todo el departamento á las autoridades de Cartagena y Bogotá.

Rendida tan felizmente su jornada, deseó retirarse del servicio, y pidió en efecto su licencia absoluta en noviembre de ese año, apoyando su petición en el estado de su vista, debilitada ya por tantas vigilias ; pero entonces le fue negada con razones altamente honoríficas para él, añadiéndosele en el oficio : " La patria demanda los servicios de los viejos veteranos de la libertad.—Usted le es muy necesario, con vista ó sin ella, y esto en un mando

á que ha sido llamado por su pericia, valor, vastos talentos y conocimientos locales. Además, S. E. el Libertador cuenta con los servicios de usted, en las operaciones políticas y militares que van á tener efecto, como uno de sus más adictos amigos." A la muerte del Libertador, sinembargo, instó por ello tan urgentemente, que en 29 de enero hubo de concedérsele el retiro del servicio activo, mas expresándosele terminantemente que no podía gozar de la licencia absoluta.

Después de la separación de Venezuela de la Unión colombiana, quiso el General Blanco volver á su patria. Apenas llegado, deseoso el gobierno de colocarle y aprovechar sus conocimientos especiales, le nombró Factor–Administrador general de La Grita, destino que desempeñó con general aplauso hasta fines de 33. La Dirección general de la renta, al participarle este nombramiento, reconocía que el cargo no estaba en analogía con los méritos y servicios de Blanco ; y así, le añadía que pronto sería elevado á otro más importante y cónsono con su alto carácter. Efectivamente así sucedió, nombrándole muy luego Administrador general de la misma renta del Departamento Zulia, cuyo empleo desempeñó con laudables progresos del ramo, hasta su extinción por ley del Congreso Nacional.

Cuando en 1835 conmovió el país la revolución militar de " Las Reformas," Blanco fue llamado por el Gobierno al servicio, y nombrósele Comandante de armas de Maracaibo, que fue una de las provincias que siguieron aquel movimiento, si bien allí la impopular facción no pudo sobreponerse completamente á la ley, que conservó su imperio en el Castillo de San Carlos y en las fuerzas marítimas del Lago. Pacificado pronto aquel territorio, merced en mucho á sus esfuerzos, fue nombrado Gobernador de él ; puésto que desempeñó hasta principios del año siguiente en que con licencia se trasladó á la capital.

El 17 de enero de 37 fue nombrado Ministro

Juez de la Corte Marcial del tercer distrito, y el 20 del mismo mes y año se le llamó al Ministerio de Guerra y Marina. La rectitud de Blanco le obligó á consultar si no era ilegal por su parte la aceptación del segundo nombramiento, aceptado el primero y en ejercicio de sus funciones. Mas desvanecidas sus dudas por las razones que se le expusieron y por el voto del Consejo de Estado, tuvo á su cargo la cartera de Guerra bajo la administración del General J. M. Carreño que obtuvo el mando, por renuncia admitida al sabio y virtuoso Vargas; habiendo quedado después en la Corte Marcial hasta 1840. Con todo, no fue sólo en ese puésto que sirvió á la República durante aquellos años y los de 41 y 42, sino que la ayudó también con su larga experiencia y expedición en el seno del Congreso, como Representante por la provincia de Carabobo.

Epoca ya, la en que hemos entrado, de normalidad y orden, consagrado el país á las faenas de la paz, y en manos de hombres nuevos y entendidos en la administración pública, Blanco naturalmente debía ocupar alto lugar en ella. Creada por entonces la Aduana del Táchira, se le encargó de su organización; y cumplido este deber, fue llamado por la voluntad nacional, representada por el Congreso, á prestar su activa cooperación en las deliberaciones del Gobierno con el carácter de Consejero de Estado, puésto que ocupó hasta 1847, en que terminado el cuatrienio para que fue elegido, pasó á desempeñar el Ministerio de Hacienda bajo la Administración del General José Tadeo Monagas.

Fatigado de tan largos y afanosos servicios, quebrantada su salud á causa de los años y las fatigas, y deseoso acaso, también, de abstenerse de toda participación en los acontecimientos que trastornaron el orden en el país, resolvió en 1855 retirarse á la vida privada, recogiendo su pensamiento en el retiro, y coordinando datos y recuerdos para dedicarse al trabajo de una compilación histórica que abraza toda la época gloriosa de la transformación política

de Venezuela y la de Colombia, desde las primeras tentativas, reuniendo los documentos oficiales publicados é inéditos de la "*Vida pública del* Libertador," y demás relativos á nuestra Independencia, con rigurosa observación del orden cronológico, con notas que los ilustran, desde 1780 hasta la disolución de la gran República.

De estos serios trabajos en que se ocupó hasta 1864, época en que su ancianidad no le permitía continuarlos, y que puso á disposición del señor Ramón Azpurúa para que él, de quien fue la primitiva inspiración é iniciativa de esta obra, hubiese de proseguirla y darla á la estampa, sólo una vez fue distraído el General Blanco, en 1862, por llamamiento del General Páez, que le dio colocación en el Consejo de Gobierno de su Administración.

Alguien, que no conociera á Blanco, podría atribuir á vanidad la aceptación de aquel puésto de Consejero; pero esa no ha sido nunca cualidad de su carácter; es sólo, que, para almas como la de Blanco, el bien de la patria es superior á toda consideración; y en aquel puésto, debió creer que con sus consejos podría contribuir á aplacar la discordia que devoraba al país y enderezar á éste por el camino de la ley, dictada sólo por la voluntad popular.

Blanco, que en 1856 había sido reconocido en su grado de General de Brigada, ascenso conferido por el Gobierno legítimo de Colombia, y había recibido la refrendación de las letras de invalidez de que gozaba desde la existencia de aquella gran República, fue ascendido, en 1862, á General de División de Venezuela.

A la ligera hemos recorrido las historias de Colombia y Venezuela, para seguir los pasos de Blanco al través de los enmarañados y tempestuosos acontecimientos de la inmortal cruzada, á la que no faltaron ni los prodigios ni los mártires. Donde quiera nos hemos encontrado con él, ora en puéstos administrativos, aquí entre el humo y el estrago de

los combates, acá en medio de las discordias civiles ó en las luchas parlamentarias; y ya le hemos visto brillar por su talento y su sagacidad; ora por su valor y su intrepidez: siempre por su patriotismo, siempre por su lealtad, siempre por los timbres nunca desmentidos de su honradez.

Caracas: 1865.

SEGUNDA PARTE

—

Desde algunos años había el General José Félix Blanco dirigido sus preces al Sumo Pontífice, pidiendo su rehabilitación y vuelta á la Iglesia Católica, de que estaba separado por secularización que le concedió Su Santidad Gregorio XVI, y obtuvo aquella por Breve de Su Santidad Pío IX fecha 16 de Diciembre de 1862, quedando incorporado á la Iglesia como clérigo del Arzobispado de Venezuela en el año de 1863.

Pasó en el venerable Pbro. Blanco el ardor bélico, pasaron los ímpetus de aquella naturaleza de fuego; suavizó el tiempo la energía de aquel corazón tan bien templado; y cuando la ancianidad ciñó á sus sienes su venerable corona, era difícil reconocer al valiente guerrero, al activo lidiador, bajo el hábito sagrado del Sacerdote, que dignamente llevaba.

Consagrado al Ministerio sacerdotal continuó Blanco, retirado del mundo y abnegado patriota, la

última década de su vida. Las manos de Ramón Azpurúa cerraron el 18 de marzo de 1872 los ojos del amigo de cuarenta años, del compañero de trato íntimo nunca perturbado, del venerable Blanco á cuya memoria dedicamos este recuerdo.

"No vive ya ni uno de los ilustres patricios actores del hecho histórico que tuvo lugar en Caracas el día 19 de abril de 1810!

"A las 8 p. m. de ayer dejó de existir en esta capital el Pbro. José Félix Blanco, antiguo General de la Republica de Colombia, única reliquia que quedaba de los hombres eminentes que comenzaron en aquel memorable día sus servicios á la magna empresa de Independencia de Sud-América.

"La historia de Colombia y la de Venezuela registran en sus gloriosas páginas una parte de la larga y honrosa vida de Blanco, en que prestó grandes servicios á la patria, por los que tuvo la recompensa de merecer que "su probidad sea proverbial."

"Vivió 90 años! No desmintió una sola vez las condiciones de ciudadano idóneo, íntegro y desinteresado; de servidor leal, de Magistrado recto y humano; y, por último, de sacerdote manso, piadoso y resignado hasta la austeridad.

"Dirigió grandes intereses públicos: creó, aumentó y manejó caudales de Colombia: gobernó el Tesoro de Venezuela; y tuvo una vida modesta y ejemplarmente arreglada.

"Murió pobre: hé aquí su testamento:

"Caracas: enero 9 de 1872.

"*Señor Ramón Azpurúa.*—Presente.

"Mi querido amigo:

"Por la gran confianza que tengo en usted, y con la que siempre me ha tratado, ahora que me encuentro en vida tan avanzadísima, quiero que usted me conceda un otro servicio que Dios le paga-

rá. Es el de cumplir los encargos que voy á expresar.

" No tengo bienes ni intereses de qué disponer, sino mis libros que están aquí en mi estante, que suplico á usted entregar después de mi muerte, al joven José Félix Blanco, así como toda mi ropa de uso al joven Vicente Blanco Capetillo, y mis muebles y menaje de casa, hasta la última escudilla de mi uso, que están en mi morada, á María Brígida Machado que me sirve y que espero que me servirá tan bien como ahora hasta mi último día. (1)

" Si lograre usted imprimir los trabajos de la Reforma de los documentos de la " *Vida pública del* LIBERTADOR," y si por ello sacare usted algún beneficio, le suplico que de lo líquido trate de pagar lo posible de lo que yo debiere á la señora Carmen Moreno de Abreu, por una cuenta pendiente desde muchos años con su señora madre Obdulia Freites, según usted verá en los cuatro legajos de documentos que le incluyo, y que se servirá usted conservar en su poder.

" Sírvase recoger y encargarse de mis papeles, y, cuando pueda, examinarlos, para que si hubiese en ellos algo digno de la historia lo utilice, ó para ayudarse usted en la Reforma arriba citada.

" Soy desde muchos años hermano de la Cofradía de Nuestra Señora del Socorro en Santa Rosalía, á cuyos fondos nada adeudo. Ella cumplirá para conmigo y mis restos mortales, lo que dispongan los estatutos y permitan sus facultades ; pero pido á usted el favor de intervenir en este asunto, para obtener en lo posible que lo que se funcione en tal caso sea sin boato ni ostentación alguna ; y suplico á usted también que disponga que mi cadáver sea sepultado en el Cementerio de los " Hermanos de San Pedro" en esta capital.

---

(1) Azpurúa cumplió estos encargos con fidelidad, prontitud y eficacia.

"Ruego al Gran Poder de Dios que derrame sobre usted y su familia los dones de su Alta bondad, para que sean felices y que les pague los bienes que usted, su señora esposa y demás familia han dispensado á este su sincero amigo y capellán.

"(Firmado)—José Félix Blanco."

Caracas: marzo 19 de 1872.

R. A.

HOJA DE SERVICIOS

DEL GENERAL DE BRIGADA EN COLOMBIA Y VENEZUELA

JOSÉ FÉLIX BLANCO

—

Servicios militares

AÑOS		MESES
1810	Año 1º de la República.	
	De Capellán del Ejército contra Coro, al mando del General Marqués del Toro, desde 4 de julio hasta mayo del año siguiente.....	11
1811	De Capellán del Ejército contra Valencia insurreccionada, á órdenes del General Miranda, de agosto hasta diciembre.....	5
1812	De Capellán del Ejército de Occidente, bajo el Coronel Jalón, de enero hasta abril.....	4
	En julio sucumbió la República bajo Monteverde.	
1813	Segunda época de la República.	
	De Capellán del Ejército Libertador, bajo el mando del General Bolívar, de setiembre hasta diciembre.....	4
	Total..... .....2 años	

De aquí en adelante siguió en servicio continuo.

1814 De Capellán del Ejército de Occidente, bajo el General Urdaneta, desde el anterior diciembre después de la batalla de Araure, hasta febrero que marchó con el Coronel Villapol á San Mateo en auxilio del Libertador.

1814 De Capellán en el sitio de San Mateo y en las batallas campales de Ocumare, Bocachica y Carabobo, bajo los Generales Bolívar, Ribas y Mariño, desde febrero hasta mayo.

De Capellán del Ejército de Occidente por segunda vez bajo Urdaneta, en junio y julio.

De Capellán del mismo Ejército en su gloriosa retirada bajo Urdaneta hasta Nueva Granada, por efecto de la segunda pérdida de la República bajo Bóves.

1815 y 1816 De Vicario general del Ejército de la Unión en Nueva Granada, bajo los Generales Bolívar, Palacio y Servier, desde noviembre de 14, todo el año 15 y hasta mayo de 16, en que sucumbió aquella República bajo Morillo, y se fué á Casanare con Servier.

De Capellán del Ejército de Apure al mando de Páez, por todo el resto del año 16 hasta diciembre, que con pliegos del mismo Páez bajó á la Guayana.

1817 En enero se reunió al Ejército del General Piar, sirvió en el sitio y asalto de Angostura, ayudó á la toma y ocupación de las Misiones del Caroní, y en estas sirvió de Comisionado y Comandante general por todo el año 17. Véase la planilla de empleos políticos.

1818 Fué de explorador de la Nueva Granada y sus Ejércitos por comisión reservada del Libertador á Casanare; y de los informes de dicha comisión resultó la feliz expedición del siguiente año 19 sobre el Reino.

1819 y 1820 De Director y Comandante general de las Misiones del Caroní, por nombramiento del Supremo Gobierno en Angostura.

1821 y 1822 En servicios políticos. Véase la planilla de éstos.

1823 á 1825 De Coronel jefe de operaciones sobre la provincia de Santa Marta hasta su total pacificación.

1826 De Comandante de armas de las provincias Mérida y Trujillo, y de Jefe de Estado Mayor del Ejército de operaciones sobre Venezuela, bajo el General Urdaneta.

1827 De Comandante de armas de la provincia de Barinas.

1828 y 1829 — Llamado con urgencia á Bogotá por el Gobierno Supremo, se le destinó y desempeñó la Dirección de la Renta de tabacos de Girón. Véase la planilla de empleos políticos.

1830 — Nombrado General de Brigada desempeñó la Comandancia general de la línea de Cúcuta hasta marzo. Y como Comandante general de la división de operaciones sobre Río-Hacha, desde setiembre á diciembre.

1831 á 1834 — En servicios políticos. Véase su planilla.

1835 — De Jefe de operaciones sobre Maracaibo insurrecto, desde setiembre hasta diciembre.

1836 — De Comandante de armas de dicha provincia, desde enero hasta mayo.

1837 á 1840 — De Secretario de Guerra y Marina, en enero y febrero y Ministro de la Corte Marcial del tercer Distrito, por el resto del cuatrienio.

1841 á 1847 — En servicios políticos. Véase la planilla de estos.

Total de años comunes de servicio...37
Aumento del tiempo de campaña.....12

49

Campañas en que sirvió

En la de Coro, bajo el General Marqués del Toro, en..... 1810

En la de Valencia, bajo el General Miranda, en..... 1811

En la del Occidente, bajo el Coronel Jalón, en... 1812

En la del Ejército Libertador, bajo el General Bolívar, en..... 1813

En la primera del Occidente, bajo el General Urdaneta, en..... 1814

En la marcha de Occidente á San Mateo, bajo el Coronel Villapol, en auxilio del Libertador.. 1814

En la campaña de Ocumare hasta Bocachica, bajo los Generales Ribas y Mariño..... 1814

En la segunda del Occidente, bajo el General Urdaneta 1814
En la gloriosa jornada desde San Carlos hasta la capital de Tunja, bajo el General Urdaneta..... 1814
En la campaña sobre dicha capital de Bogotá, bajo el Libertador..... 1814
En la campaña sobre el Magdalena, bajo el mismo Libertador..... 1815
En la campaña contra Morillo, en su invasión sobre Bogotá, bajo el General Servier..... 1816
En la campaña y retirada de los restos del Ejército venezolano hasta Casanare, bajo id..... 1816
En la campaña de Casanare y retirada de esos restos hasta Apure, bajo el mismo General..... 1816
En la campaña de Apure y toma de Achaguas, bajo el Comandante general Páez..... 1816
En la marcha arrojada desde Achaguas hasta Guayana, con pliegos de Páez para el Libertador..... 1817
En la campaña y ocupación de las Misiones del Caroní, bajo el General Piar..... 1817
En la de Santa Marta como Jefe de operaciones en .....1823 y 1824
En la campaña sobre Venezuela, como Jefe del Estado Mayor del Ejército, bajo el General Urdaneta, en.....1826 á 1827
En la campaña sobre la provincia de Río-Hacha, como Jefe de operaciones..... 1830
En la campaña sobre Maracaibo, como Jefe de operaciones..... 1835

Total de campañas..... 19

Acciones campales en que se ha batido

En la de Aribanaches, cerca de Coro, bajo el Coronel Santinelli, segundo Jefe del Ejército..... 1810
En la dada contra la plaza de Coro por el mismo General en Jefe Marqués del Toro..... 1810
En la de Sabaneta, á la retirada del Ejército, por el mismo General 1810
En la de Valencia, bajo el General Miranda..... 1811
En Carora, frontera de Coro, bajo el Comandante de la línea, Teniente-coronel Gil..... 1812

En los Colorados de San Carlos, bajo los Coroneles Uztáriz y Carabaño, segundos del Coronel Jalón..... 1812
En Bárbula, bajo el Libertador..... 1813
En Trincheras y Palito, bajo D'Eluyar..... 1813
En el sitio de Puerto Cabello, bajo id..... 1813
En Barquisimeto, bajo el Libertador..... 1813
En Vigirima, bajo el mismo..... 1813
En Araure, bajo id..... 1813
En Guama, bajo Villapol..... 1814
En Cocorote, bajo id..... 1814
En el sitio de San Mateo, bajo el Libertador..... 1814
En Sabana de Ocumare, bajo el General Ribas..... 1814
En Bocachica, bajo el General Mariño..... 1814
En Carabobo, bajo el Libertador..... 1814
En las Brujitas, bajo el General Urdaneta..... 1814
En Camoruco, bajo id..... 1814
En el sitio de Bogotá, bajo el Libertador 1814 á... 1815
En San Estanislao de Cartagena, bajo el Coronel Carabaño, Jefe del Estado Mayor..... 1815
En la Popa, frente á dicha plaza, dos acciones generales bajo el Libertador..... 1815
En Cáqueza, bajo el General Servier..... 1816
En el paso del Río Negro, bajo id..... 1816

☞Aquí contribuyó Blanco á salvar el Ejército, por su actividad en tirar las cabuyas sobre dicho río para pasarlo; y cortándolas luégo bajo los fuegos de la división Tolrá, para evitar la persecución de éste.☜

En Pore, capital de Casanare, bajo Servier y el Comandante general de la provincia, General Moreno..... 1816
En la del Yagual, bajo el Comandante general Páez..... 1816
En la de San Félix de Guayana, bajo el General Piar..... 1817

☞A esta gloriosa batalla contribuyó Blanco con 500 indios lanceros y 700 caballos de las Misiones del Caroní, de su mando.☜

En la del Molino de la provincia de Río-Hacha, como Jefe de operaciones..... 1830
En las del Lago de Maracaibo y sus orillas, como Jefe de operaciones..... 1835

Acciones parciales

En Upata y Misiones del Caroní, de su mando, destruyó las guerrillas de Patricio Agudillo..... 1819
En Ocaña destruyó la famosa guerrilla de los "Colorados Jácomes"..... 1823
En Chiriguaná destruyó la guerrilla respetable del Coronel Labariez..... 1823
En la Fundación, Cotiné y demás lugares intermedios hasta la Ciénega de Santa Marta, destruyó todas las guerrillas de los Samarios, hasta dejar pacífica toda la provincia..... 1824

Acciones campales..... 32
Acciones parciales..... 4

Total 36

Sitios de plazas en que se ha hallado

En el de Valencia, como sitiador bajo el General Miranda, en..... 1811
En el de Puerto Cabello, bajo el Coronel D'Eluyar..... 1813
En el de San Mateo, sitiado por Bóves, bajo el Libertador..... 1814
En el de Bogotá, como sitiador, bajo el Libertador 1814
En el de la Popa, como sitiador de Cartagena, bajo el Libertador..... 1815
En el de Maracaibo, como sitiador y Jefe de las operaciones del sitio..... 1835

Total 6

Empleos políticos que ha desempeñado

El de Comisionado general de las Misiones del Caroní, en Guayana..... 1817
☞Como tal, dio Blanco 800 cargas de víveres para la expedición del Ejército de Apure,

una recluta de 1.000 indios para el Ejército, 740 mulas y 200 pacas de algodón para pagar al Almirante Brion los elementos de guerra con que auxilió al Libertador para la toma de Guayana. Todo lo recibió el General Urdaneta como Mayor General del Ejército, junto con su Edecán el Coronel J. Lara, en la Misión de San Miguel.☜

El de Director de las Misiones, nombrado por el Gobierno Supremo..... 1819

El de Representante en el Congreso Constituyente de Colombia, en Cúcuta..... 1821

El de Jefe Político de las Misiones, para plantear la Constitución de la nueva República..... 1822

El de Intendente del Departamento del Orinoco .....1827 y 1828

☜Como tal Intendente, hizo Blanco producir extraordinariamente las Rentas públicas, con especialidad la del tabaco, que dio en el primer año de su administración 114.000 pesos, cuando en los seis años precedentes juntos, no dio otro tanto.☜

El de Director de la Renta de tabaco del Departamento Boyacá, en Girón, para cuya reforma le llamó el Gobierno expresamente á Bogotá...1829 y 1830

El de Factor de las Rentas de la Grita y Bailadores, para levantarla de la postración en que yacía 1833

El de Administrador general de dicha Renta en el antiguo Departamento Zulia, hasta su extinción 1834

El de Gobernador en Maracaibo..... 1836

El de Representante en el Congreso.....1839 á 1842

El de Administrador encargado de plantear la nueva aduana del Táchira..... 1842

El de Consejero de Gobierno.....1843 á 1846

El de Secretario de Hacienda..... 1847

Total..... 13

Resumen general

Años comunes de servicio	37 años	
Aumento de campaña	12 años 4 mess	Tot. 49 años 4 m.
Batallas campales	32	
Acciones parciales	4	Tot. 36
Campañas		19
Sitios de plazas		6
Altos empleos militares		2
Mandos militares en campaña		7
Idem idem en guarnición		2
Empleos políticos		13

Es copia de la hoja de servicios, que corre en el expediente creado para la concesión de la cédula de inválido del General Blanco, y que reposa en la Secretaría de la Guerra.

Caracas: 24 de marzo de 1856.

Nicolás Anzola Tovar.

RESEÑA AUTOBIOGRAFICA

DEL ILUSTRE PRÓCER, GENERAL JOSÉ FÉLIX BLANCO, HALLADA ENTRE SUS PAPELES (INÉDITA)

El General José Félix Blanco nació en Caracas el 24 de setiembre de 1782. Huérfano de padres desde su infancia, y en la necesidad de formarse por sí propio, lo consiguió en el Colegio de esta capital estudiando con aprovechamiento la Filosofía, Teología y ambos Derechos. Su pobreza le prohibió recibir grados científicos en la Universidad, en un tiempo en que eran sobremanera costosos. Seguía su pasantía para Abogado en el estudio del ilustrado Dr. Felipe F. Paúl, cuando de repente cambió su carrera, y abrazó *inconsulto* la de la Iglesia, que era entonces la manía favorita. La transformación política del año 10, lo encontró de sacerdote; y no sólo entró en ella con entusiasmo, defendiéndola como apóstol de la Libertad de su Patria, sino que sucesivamente la sostuvo con valor en los campos de batalla.

Año 1810.—En la primera expedición militar que armó la República contra los opresores de Coro en dicho año, Blanco marchó de Capitán del Ejército desde Valencia, en el Batallón del Coronel Florencio Palacio que pasó revista de Comisario al efecto el 4 de julio. Como muy temprano dio á conocer, que

era más calculado para la guerra, que para la Iglesia, el General en Jefe Marqués del Toro lo nombró Ayudante de vanguardia al mando del Coronel Santinelli, cuyo destino desempeñó con tanta bizarría, así en la batalla contra la plaza de Coro el 28 de noviembre, como en la acción de Sabaneta el siguiente 30, y en el resto de la campaña, que el General en Jefe lo recomendó al Gobierno con distinción y particularidad, y éste le acordó el uso de un escudo. Sirvió en Occidente 8 meses.

Año de 1811.—En la segunda expedición que el Poder Ejecutivo de Venezuela formó para sufocar la espantosa revolución de los Vizcainos y Pardos de Valencia pronunciados contra la Independencia nacional proclamada el 5 de julio por el Congreso Constituyente de Venezuela, Blanco marchó de San Carlos en la División formada allí bajo el primer Comandante Don José Rodríguez, y se distinguió en el sitio de la plaza de Valencia en términos que el General en Jefe Miranda lo recomendó al Gobierno. Sirvió en dicho Ejército 9 meses.

Año 1812.—En enero volvió á ser destinado al Ejército de Occidente bajo el Comandante en Jefe Coronel Jalón: fue uno de los muy pocos del Estado Mayor y Oficialidad, que salvaron del funesto terremoto del 26 de marzo en Barquisimeto: retirado con el resto de la División á San Carlos, se batió en la acción de guerra que el 25 de abril dieron en la sabana de Los Colorados (del otro lado del río de aquella ciudad) el Coronel Miguel Ustáriz y el Mayor Miguel Carabaño contra Monteverde, invasor salido de Coro contra Venezuela.

Derrotada allí nuestra División por la defección del Comandante Cruces con su Escuadrón del Pao, Blanco se retiró con los restos á Valencia, y de allí á Maracay á incorporarse en el Ejército bajo el General Miranda; pero, retirado éste á La Victoria, y anunciándose preliminares de capitulación entre él y Monteverde, Blanco se marchó al Oriente en busca y sostén del Pabellón republicano. Sometida Vene-

zuela al Monarca español por dicha capitulación, Blanco prefirió abandonar por entonces la tierra natal, y se fue con otros conmilitones á aguardar en el extranjero mejor ocasión de volver á restaurarla.

Año 1813.—En efecto: formáronse en enero de este nuevo año las expediciones, de Mariño sobre el Oriente y de Bolívar por el Occidente; y Blanco vuela de las colonias á contribuir á la libertad de su Patria. Las acciones de Bárbula, Barquisimeto y Vigirima al mando de Bolívar, parte del sitio de Puerto Cabello, bajo D'Eluyar, la famosa batalla de Araure mandada por el mismo Bolívar, todas entre setiembre y diciembre del año 13.—La campaña de Occidente bajo Urdaneta, el sitio de San Mateo bajo Bolívar, la jornada triuntante sobre Ocumare bajo Ribas, la batalla de Bocachica mandada por Mariño, la de Carabobo por el propio Bolívar, todas entre enero y mayo del año 14, fueron otras tantas en que Blanco sirvió y mereció por su denodado comportamiento los elogios de sus Jefes y de sus compañeros de armas, junto con los escudos de premio decretados por el Gobierno al mérito y al heroísmo de aquella época.

Vuelven, sinembargo, los españoles á dominar el país en este año bajo el tirano Boves, y Blanco marcha desde San Carlos en la División de Occidente en que servía bajo Urdaneta, hasta la Nueva Granada. Aparece oportuna y felizmente en esta República por la vía de Cartagena el General Bolívar, cuando la capital Bogotá bajo el Dictador Alvarez desconocía al Gobierno y representación nacional reunidos en Tunja. Levanta dicho gobierno un Ejército denominado "de la Unión" por componerse de tropas granadinas y venezolanas, y lo pone al mando de Bolívar para someter á la obediencia aquella ciudad rebelde; y en este Ejército merece Blanco que el Poder Ejecutivo lo coloque con el carácter de Vicario General, y como tal contribuye al sitio y rendición de Santa Fe de Bogotá en el mes de diciembre.

Año 1815.—Fórmase luégo la expedición sobre el Magdalena para rendir la plaza de Santa Marta ocupada por los españoles; y Blanco marcha en ella, en su empleo de Vicario General del Ejército. En Mompox y en Turbaco se le confió por el General en Jefe Bolívar la dirección de los hospitales (el primero de los cuales llegó á contar 500 enfermos de disentería y calenturas), y Blanco sirvió en ellos de alivio y consuelo á la humanidad afligida (marzo 27). Tratóse del malhadado sitio de Cartagena, y Blanco empeñó todo el influjo que gozaba para con el General en Jefe á fin de impedir aquella medida hostil; pero en vano, por motivos que la historia refiere bien. Duró el sitio por 42 días, hasta que aburrido Bolívar de los tropiezos que la vil emulación le oponía para llevar á cabo sus operaciones contra Santa Marta se separó del Ejército embarcándose para Jamaica; y las tropas quedaron al mando del nuevo General de Brigada Florencio Palacios (mayo 8). A pocos días arribó la expedición de Morillo sobre aquellas costas, á tiempo que nuestro Ejército, en extremo desmembrado, había marchado hacia Mompox, en busca de la comunicación y protección del supremo Gobierno contra la cruel hostilidad que le habían declarado los mandatarios de Cartagena. Desde las orillas del bajo Cauca, ó mejor dicho, desde la embocadura en el Magdalena, remontó Blanco en un miserable cayuco el primero de dichos ríos, burlando la flotilla enemiga del Coronel La Rus, hasta la ciudad de Zaragoza, atravesó el nordeste de la Provincia de Antioquía para caer al segundo río, lo remontó igualmente hasta la ciudad de Honda, capital de la Provincia de Mariquita, y siguió á Bogotá á poner en conocimiento del Gobierno Supremo el embarco de Bolívar y sus causas, el estado lamentable de nuestro Ejército, y la aparición del gran Ejército expedicionario.

Año 1816.—Rendida á este último en diciembre del año 15 la plaza de Cartagena, siguió muy pronto la misma suerte el Magdalena entero, y para ma-

yo de 16, el día 6, entró el Ejército expedicionario á la capital de Bogotá. Blanco marchó con los míseros restos de venezolanos armados (170 por todos) á las órdenes del General Servier para la Provincia de Casanare, contribuyendo á salvarlos la actividad con que en menos de 30 horas tiró el mismo Blanco, comisionado al efecto por aquel Jefe, las cabuyas ó taravitas necesarias sobre el Río Negro en el Cantón Cáqueta. Perseguidos por los españoles hasta Pore, capital de aquella Provincia, Blanco se batió en la acción que, en el siguiente junio, le dio el Coronel Moreno á las orillas de dicha ciudad. Las reliquias republicanas siguieron al Apure, y en estos llanos peleó Blanco en la famosa batalla de Yagual mandada por Páez el 8 de octubre contra el Ejército realista bajo el cuartel Maestre, Coronel López.

Fue entonces que se tuvo en el Ejército de Apure la primera noticia positiva del triunfo de las armas republicanas en el Oriente de Venezuela en las acciones de Quebrada-honda, Alacrán y Juncal; como también, del pase del General Piar con su Ejército á la orilla derecha del Orinoco sobre Guayana. Deseoso Blanco de reunirse á sus antiguos amigos y compañeros de armas que componían parte de dicho Ejército, y de quien se separó en Cartagena y en el Cauca el año anterior, pidió al General Páez su licencia y pasaporte para irse á Guayana; y en efecto se lo concedió, dándole además un pliego oficial para el mismo Piar participándole los triunfos obtenidos en el Apure, y otro para el General Bolívar.

Año 1817.—Al través de la inmensa distancia y grandes peligros que había que vencer, Blanco se resolvió á salir de Achaguas el 1º de enero: en el puerto Cariben sobre la boca del Meta, lo auxilió para pasar el Orinoco un respetable anciano muy patriota llamado Don Félix Rolichón: pasó á la ribera derecha de este caudaloso río y entró al primer puerto de élla, La Urbana; siguió por todo el desierto de aquella costa hasta encontrar el primer campamento de las caballerías del General Cedeño en.

el sitio del Tigre cerca del río Caura, cuyo Comandante, que era un tal Silva, lo auxilió bondadosamente de víveres y caballos para continuar su marcha hasta los alrededores de la plaza de Angostura, donde se le dijo obraba aquel General. En efecto, encontró los Escuadrones de los Comandantes Blancas y Río Bueno casi á la vista de la ciudad, y éstos le dieron nuevo auxilio para pasar al otro lado del Caroní, donde el General Piar estaba con su Ejército. Llegó el 18 de febrero al primer puerto de las Misiones nombradas Caruachi, en el cual se hallaba acantonado el primer Coronel José María Chipía con su Batallón, quien lo auxilió para proseguir á la villa de Upata, Cuartel General de Piar. ¡Día feliz el 18 de febrero, en que volvió á reunirse á sus amigos y conmilitones!!!

Recibido benignamente por Piar, fue á pocos días nombrado por este Jefe para el mando de las Misiones del Caroní que formaban un gran departamento, con el carácter de Comandante General de todas ellas; y como eran el granero y la provisión del Ejército, Blanco halló un campo vasto en que desplegar su actividad. Sirvió el empleo por todo el resto del año, y en él lo recomendaron los cuatro servicios más importantes que van á explicarse: 1º El que describe la historia moderna de Venezuela en la página 310 del tomo I, sobre la muy oportuna provisión de 700 caballos para montar la caballería que decidió la gloriosa batalla dada en el campo de San Félix el 11 de abril.—2º La famosa recluta de 1.000 hombres que en un mismo día y á la misma hora, á las 6 de la mañana del domingo 5 de octubre ejecutó en el Departamento de su mando para engrosar el Ejército que debía marchar sobre el interior de Venezuela y de cuya recluta se formaron dos batallones que tantos días de gloria conquistaron para la Patria. El General Urdaneta, como Mayor General del Ejército recibió dicha recluta en la Misión San Miguel. 3º La provisión de 800 cargas de víveres con que auxilió dicho Ejército para

su marcha al bajo Apure. 4º La recogida de 700 mulas del Estado, que ya estaban dispersas y aun perdidas del otro lado del Caroní, y Blanco pudo irlas recogiendo y empotrerando para pagar con éllas al Almirante Brión la gran cantidad de elementos de guerra que proveyó para aquella campaña. (Historia idem, página 329, tomo I.)

Año 1818.—En noviembre de 17, fue relevado del mando de las Misiones, para que siguiese en la proyectada expedición sobre Caracas; pero siendo de opinión que debía marcharse de preferencia á la Nueva Granada, y siendo diferente la del General Bolívar entonces, convinieron en que Blanco fuese á Casanare en calidad de negociante, á explorar el estado político del Reino. Blanco fundaba su opinión en los datos siguientes: 1º Que la Nueva Granada era un país virgen, que podía suministrar recursos para la libertad de Venezuela y en beneficio de su propia seguridad; al paso que Venezuela se hallaba exhausta de todo por la guerra. 2º Que la Nueva Granada tenía mejor opinión del General Bolívar, y era una gran ventaja para la campaña. 3º Que la clase homogénea de la Nueva Granada podía formar un Ejército numeroso, cual convenía para la reconquista y participación de Venezuela. En efecto, los resultados acreditaron la juiciosa opinión de Blanco; pues la campaña del año 18 sobre Venezuela, hizo derramar infructuosamente mucha sangre; y al fin, los favorables informes que él envió desde Pore, capital de la Provincia de Casanare, sobre el estado, fuerzas y opinión de la Nueva Granada decidieron á Bolívar á formar la expedición que bajo el mando del General Santander salió inmediatamente de Guayana, como vanguardia del Gran Ejército que en el siguiente año 19, libertó aquel hermoso país (Historia de Venezuela, página 345) y sirvió luégo para libertar á Venezuela.

Año 1819.—Al regresar Blanco de Casanare, volvió á encargarlo el Gobierno del mando de las Misiones con el carácter de Director General, cuyo empleo desempeñó por todo el año.

Año 1820.—En el siguiente fue nombrado Comandante General del Caroní, con motivo de la invasión que se temía de parte del Ejército Real de Barcelona y de las fuerzas sutiles de Cumaná para el Orinoco; ejerció este destino, á la par que el de Director General, hasta á principios del año 21.

Año 1821.—Fue nombrado por la Provincia de Guayana Diputado al Congreso Constituyente de Colombia en Cúcuta, y asistió á él como tal.

Año 1822.—Regresado á Guayana, ejerció la Jefatura política de las Misiones del Caroní, para que fue nombrado por el Gobernador Coronel Conde, y que aceptó con el importante objeto de ayudarle á plantear la nueva Constitución que ambos habían contribuido á formar en el Congreso de Cúcuta. Sirvió el destino por todo el año hasta diciembre que marchó para Bogotá.

Años 1823 y 1824.—En fin de enero fue nombrado Coronel y 2º Jefe de operaciones de la Provincia de Santa Marta, la cual ayudó á pacificar gobernándola en el interior desde el Valle de Upar hasta Ocaña, por todo el año 23 y mitad del 24.

Año 1825.—Estuvo en uso de licencia indefinida por todo el año.

Año 1826.—Con motivo de la revolución de Venezuela en principio de 1826, fue Blanco destinado á la Comandancia de Armas de las Provincias de Mérida y Trujillo, para impedir el contagio de dicha revolución en ellas; y sirvió dicho destino hasta diciembre, que marchó con el carácter de 2º Jefe del Ejército sobre Venezuela al mando del General Urdaneta.

Años 1827 y 1828.—En fin de enero fue retirado el Ejército en Barquisimeto, y Blanco nombrado Intendente del Departamento Orinoco, cuyo empleo sirvió hasta el 19 de abril de 1828. En el año largo de su administración, hizo producir la renta de tabaco 114.000 pesos; no habiendo podido producir en los 7 años anteriores desde su establecimiento, una cantidad igual.

Años 1829 y 1830.—Llamado á Bogotá por el Gobierno, fue encargado de la ardua comisión de organizar y dirigir la renta de tabaco del Departamento de Boyacá en Girón; cuya dirección desempeñó por todo el año del 29 y parte del 30, tan á satisfacción del Gobierno de Colombia y tan ventajosamente, que el nuevo Gobierno granadino establecido en 1831 mandó observar en todas las oficinas del ramo de aquel Estado las instrucciones y el sistema dictado por Blanco en las de Girón. ¡Motivo de noble orgullo para un venezolano, que con otros fue proscrito por el mismo nuevo Gobierno! Blanco sirvió el destino por todo el año 29 y hasta junio de 30 que siguió al Libertador á Cartagena.

El 5 de marzo del año 30, fue nombrado General de Brigada, por el Gobierno de Colombia.

Estando en la plaza de Cartagena, se le confió en principio de setiembre del mismo año la expedición destinada á pacificar ó reducir al orden la Provincia de Río Hacha insurreccionada; y marchó en efecto con el Batallón Yaguache, medio Batallón del Apure y el Escuadrón Húsares. El 28 de octubre batió en el paso del Molino la División de Río Hacha, del mando de Carujo; y éste lo fue segunda vez el 8 de noviembre en la vuelta de San Juan de César: con estas acciones quedó la Provincia sometida á las autoridades superiores del Departamento que había desconocido.

Año 1831.—Pacífica el Hacha, y muerto el Libertador, Blanco fue llamado de nuevo por el Gobierno Supremo, á la Dirección de la renta de tabaco en Girón; y siguió en efecto en élla hasta la disolución de Colombia, que entró á Venezuela.

Año 1832.—Estuvo sin destino, ni servicio alguno.

Año 1833.—En enero fue encargado de arreglar la renta de tabaco en la ciudad de La Grita, cuando el Gobierno pensaba fomentar entonces este ramo: á mediados del año le honró la Dirección General con la singular confianza de mandarle 15.000

pesos de la Administración General de Barinas, para amortizar la deuda de los labradores de la Provincia de Mérida; y tuvo la satisfacción de desempeñar cumplidamente el encargo, hasta la cantidad de 10.000 pesos, y devolver los cinco mil restantes á la Administración de Aduana de Maracaibo conforme á las órdenes del Gobierno. Seguidamente fue Blanco nombrado Administrador General de la renta del antiguo Departamento Zulia, y sirvió el destino hasta que fue suprimida dicha renta.

Años 1834 y 1835.—Estuvo en cuartel hasta el 1º de noviembre de 35, que llamado al servicio como Jefe de Operaciones sobre Maracaibo insurrecto, tomó el mando de las pocas tropas que sitiaban esta plaza; y aunque llenó completamente su deber con la escasa fuerza que estaba á sus órdenes conteniendo á los insurrectos dentro de los muros y el resto de la Provincia en orden, con todo, otro Jefe obtuvo los honores del triunfo..... El General Montilla de esta capital con la División de Codazzi, abrió su negociación con Farías, y pronto entró tranquilamente á la plaza..... *Hos ego versiculos feci, tulit alter honores*.....

Año 1836.—Continuó Blanco de Comandante de Armas de Maracaibo; y á virtud de renuncia que hizo del destino y que se le admitió, quedó de cuartel por la última mitad del año.

Año 1837 y hasta 1840.—En enero de este primer año fue nombrado Secretario de Guerra, cuyo destino desempeñó 2 meses hasta la entrada del General Soublette á la Vicepresidencia de la República. Continuó de Ministro Marcial de la Corte del tercer Distrito hasta fines de 40.

Años 1841 y 1842.—Nombrado Representante por la Provincia de Carabobo, asistió á las sesiones del Congreso en los años de 39 á 42.

Año 1842 y 1843.—Retirado á la Provincia de Mérida, recibió orden del Gobierno, para plantear y organizar la nueva Aduana del Táchira con el carácter de Administrador, y en efecto lo verificó en

los 6 meses que á ello se consagró consecutivamente. Y habiendo sido nombrado por el Congreso de este último año Consejero de Gobierno, desempeña actualmente este honorífico empleo.

Caracas: 28 de octubre de 1843.

José Félix Blanco.

EL PADRE JOSÉ FÉLIX BLANCO

ILUSTRE PROCER DE LA INDEPENDENCIA

[Editorial de *La Opinión Nacional* de 19 de marzo de 1872]

Ayer á las 8 de la noche se extinguió el último soplo de vida que animaba á uno de los más preclaros varones de Colombia, de aquella Colombia jigantesca, creación poderosa como el cerebro de Bolívar de donde salió bajo las mágicas dianas de los grandes triunfos de Boyacá y Carabobo. El ilustre patricio José Félix Blanco ha rendido ayer la gloriosa y larga jornada de su vida, á la avanzadísima edad de 90 años! Investía un doble y sagrado carácter: el de sacerdote y el de fundador de la República. Era además la última reliquia viviente de aquel día inmortal en los fastos de la América del Sur, en que los representantes de la soberanía del pueblo venezolano pronunciaron el solemne fallo de ruptura entre los dos mundos, asumiendo aquella soberanía que con el cetro se había escapado de las manos del imbécil Carlos IV, quedando en las del Gran Conquistador del siglo XIX en calidad de rehén de la cobarde abdicación, el príncipe Fernando que más tarde fue verdugo del Nuevo Mundo y azote de su patria.

El Ilustre Prócer José Félix Blanco es una de las eminentes figuras que la historia patria ha colocado ya en el rango de los más insignes defen-

sores de la humanidad. Como sacerdote, todo el mundo admira la pureza de sus costumbres, la acrisolada probidad de su carácter, su evangélico fervor, su frugalidad, su entereza, todas las virtudes de que era perfecto dechado y de que hasta los últimos instantes de su vida dio el ejemplo más edificante. En aquella alma de temple tan superior y de aspiraciones tan elevadas, debía tener inmensa cabida el santo amor á la patria, una de las prendas que más enaltecen al sacerdote cristiano; y como su época era la época de la dolorosa gestación de la guerra continental entre los oprimidos americanos y los crueles opresores de tres siglos: como entonces empezaban á germinar con juvenil vigor las ideas nuevas, las aspiraciones generosas, los proyectos atrevidos, y como la atmósfera del mundo estaba cargada con el gas embriagador de la Revolución, y los pueblos pedían libertad, luz, independencia, ciudadanía, el joven sacerdote que amaba los principios de justicia y fraternidad entre los hombres, sentía latir bajo su sotana un corazón sediento de sacrificios, entusiasta por las grandes transformaciones, ansioso de ver á su patria colocada en el alto puésto de Nación independiente y soberana, y cediendo á tan nobles impulsos se lanzó en la magna lucha que comenzó el 19 de abril de 1810.

Desde ese glorioso día en que le cupo señalada parte, no vivió ni alentó sino para la generosa causa que con fe de apóstol y resolución de eximio ciudadano había abrazado. Consagróla todo su sér, todas sus facultades, toda su enérgica perseverancia, sin retroceder jamás ante la gravedad de los difíciles cargos que se le conferían, sin reparar nunca en el peligro del puésto que se le llamaba á ocupar, sin que las privaciones, las vigilias, el ímprobo y constante trabajo, fuesen parte á desalentarle ó rendir por el cansancio su prodigiosa actividad. En aquel glorioso Ejército, orgullo de Colombia, que llevó sus estandartes victoriosos desde las llanuras de Carabobo hasta las pampas de Junín, y de cu-

yas proezas inmortales no hay cumbre de la cordillera andina que no sea testigo, ni río que no las cante, ni selva que no conserve sus huellas; en aquel Ejército de héroes que tenía por capitán al Genio del Nuevo Mundo, fue el Ilustre Prócer Blanco modelo de todas las virtudes que adornan al austero republicano, y mereció por su irreprensible conducta la más alta confianza y las más exquisitas distinciones del Libertador y sus primeros Tenientes.

No intentaremos trazar un cuadro completo de una vida tan dilatada, cuyas horas pueden contarse por los servicios prestados á la República, por los ejemplos de abnegación, de patriarcal honradez, de preclaro civismo, de una consagración absoluta, infatigable á la causa de la libertad. Rarísima vez se hallará en la inmensa galería de hombres ilustres de la historia, un personaje tan eminente. Es una página en blanco reservada á la pluma de un nuevo Plutarco. Una vida de 90 años, consagrada toda al estudio, á las letras, á la patria, al culto de los principios, á la práctica del Evangelio, al servicio del Altar y de la República, á la ilustración de la historia, al bien de la humanidad, es, no el tema para una breve noticia necrológica, sino el argumento para un tratado filosófico sobre las virtudes humanas. Nadie había llegado entre nosotros á tan grande altura de dignidad y merecimiento, bajo la forma de tan distintos caracteres: el de sacerdote, magnificado por la mansedumbre, la caridad, el fervor, el celo, la austeridad; el de patriota, realzado por la aureola del sacrificio, la constancia, la prudencia, el honor, la lealtad y el buen consejo; el de magistrado, por la intachable probidad, la rectitud, el acatamiento profundo á la ley y el espíritu de justicia que no conoce categorías ni distingue personas; el de hombre público, por su respeto á la opinión de las mayorías y su obediencia á los mandatos de la conciencia y de las autoridades constituidas; el de político, por su amor entrañable á la doctrina democrática en cuyas fervorosas creencias ha muer-

to en el Señor ; el admirador de la más refulgente gloria suramericana, por el asíduo trabajo que ha consagrado durante muchos años á coleccionar los documentos de la Vida del Libertador, obra pasmosa que deja depositada en manos de su predilecto amigo el señor Ramón Azpurúa !

Y ¡ qué testamento el que ha escrito días antes de su muerte, y cuya ejecución ha confiado á aquel respetable ciudadano ! El hombre que manejó cuantiosos tesoros y ocupó los más altos puéstos en Colombia y Venezuela, no deja más herencia que sus libros, sus muebles, sus ropas y su atesoramiento de materiales para la vida de Simón Bolívar ! ¡ Qué grandeza en tanta sencillez ! ¡ Qué vida tan fecunda la que tan estéril acaba para sus herederos ! ¡ Qué magnificencia, qué lustre, qué gloria tan digna de emulación la de esta esclarecida pobreza que no tiene con qué costear una humilde sepultura, ni más que unos cuantos utensilios para premiar la fidelidad de la noble mujer que hasta los últimos momentos le ha servido con la diligencia de una hermana, de una amiga cariñosa ! ¡ Qué vida tan admirable y qué muerte tan santa ! Y ¡ á qué pocos venturosos mortales concede la Providencia la gracia inefable de vivir en la tierra cerca de un siglo, para consagrar 70 años á la independencia, á la gloria y á la felicidad de la patria !

¡ Bendita para siempre la memoria del evangélico sacerdote, del eximio patricio, del eminente repúblico, que ha volado ayer al seno de Dios, dejando en la tierra la obra de 14 lustros de una existencia rica en preciosos frutos para la Religión, la Patria y la Humanidad ! Morir como el Ilustre Prócer José Félix Blanco, después de haber asistido á la apoteosis de sus virtudes en la Historia, es anticiparse á la posteridad, es comenzar en la tierra la inmortalidad gloriosa de que ya está él en plena posesión entre los espíritus bienaventurados !

El general Encargado del Ejecutivo Nacional y los Ministros del Despacho han invitado por papeletas al entierro del Ilustre Prócer Blanco, que tiene efecto esta tarde á las 5. Lo presidirá el señor General A. Guzmán Blanco, primer Magistrado de la República, mas como está ausente, lo representará en este acto su respetable padre el señor Antonio L. Guzmán, Ministro de Relaciones Exteriores, según lo ha ordenado por telégrafo desde Maracay.

FUNERALES DEL PBRO. JOSÉ FÉLIX BLANCO

—

Tuvieron efecto ayer tarde los que se celebraron con la mayor pompa para la inhumación del cadáver del Ilustre Prócer y venerable sacerdote, señor José Félix Blanco. Se hallaba á la cabeza del duelo en representación del señor Presidente de la República, el señor Antonio L. Guzmán, acompañado del señor general Encargado del Ejecutivo y demás miembros del Gabinete y del alto Clero de la capital. La concurrencia de ciudadanos, corporaciones y gremios fue numerosa, é hicieron los honores al féretro fuerzas de la guarnición del Distrito, con la bandera nacional arrollada con corbata de crespón negro y la banda militar de música.

A las 5 de la tarde salió de la casa mortuoria el cortejo fúnebre con dirección á la Iglesia Metropolitana, pasando por la calle de los Bravos, y los oficios cantados allí con toda solemnidad duraron hasta cerca de las 8 de la noche.

El señor general García, jefe interino del Gabinete, dispuso á nombre del Presidente de la República que los gastos del entierro del ilustre Blanco se hicieran por cuenta de la Nación.

(De *La Opinión Nacional* Nº 913, de 20 de Marzo de 1872.)

DOCTOR FERNANDO DE PEÑALVER

FERNANDO DE PEÑALVER

FERNANDO PENALVER

Nació en Píritu, pueblo de la provincia de Barcelona, por el año de 1765. Fueron sus padres Don Pedro Peñalver y Doña Francisca Luisa Pellón. Siguió el comercio en sus primeros años, y más tarde se dedicó á la agricultura, en la ciudad de Valencia, en la que se ejercitaba cuando tuvo conocimiento de la Revolución de Caracas, del 19 de abril de 1810. Aquí comenzaron su vida pública y los esfuerzos por su patria; y las virtudes que á sus servicios reunía, le dan un doble título á la gratitud nacional y á los recuerdos de la historia patria.

Estaba Peñalver en Valencia, cuando, el 21 de abril de 1810, con la cooperación de los buenos patriotas del lugar y á despecho de adversas opiniones, lograr pudo que el Ayuntamiento de aquella ciudad, reconociese la junta gubernativa formada en la capital por los acontecimientos del día 19. Elegido luégo por el distrito capitular de Valencia para Diputado al primer Congreso Constituyente venezolano, concurrió á él, lo presidió en un turno, y cúpole la gloria de ser uno de los venerables patricios que firmaron uuestra acta de Independencia.

Llegó el año de 1812: venció Monteverde; y Peñalver, ya patriota distinguido por sus servicios y

adhesión á la causa americana, fue aprisionado y enviado á las bóvedas de La Guaira junto con otras personas, notabilidades de aquellos tiempos.

De La Guaira, y aherrojado, y en unión de Miranda, Escalona, Ustáriz y otros muchos patriotas esclareeidos, fue transportado á Puerto Cabello, y allí habría terminado sus días, sin los triunfos de Bolívar y Piar en el Magdalena y en Maturín. Obtenida por milagro su libertad y reunido al Libertador, después de la derrota de los españoles en los Taguanes, le acompañó á Caracas tan luégo como se obtuvo el primer triunfo de Carabobo.

El año de 1814 tuvo su malhadada emigración al oriente de Venezuela. De mala sonada eran los hechos de Boves, por feroces; y una población entera, lanzada de sus hogares, huyendo de monte en valle, y de valle en monte, perseguida por una banda de asesinos, presentaba el lastimoso cuadro que estampaba en nuestra historia su página más dolorosa.

Peñalver hizo esa peregrinación, y en medio de tanto azar siniestro, y después de perdida toda esperanza, vióse como los más denodados caudillos en la dura necesidad de abandonar la cara patria, y buscar un refugio en tiera extranjera.

Saint Thomas y la Trinidad le vieron solo, pobre, errante, expulsado del patrio suelo, pero jamás abatido, siempre con ánimo levantado.

Abrióle, en fin, las puertas de su patria la toma de Guayana el año de 1817: allá voló, y con la más feliz inspiración y á poder de grandes sacrificios, llevó la imprenta que había de empezar á descorrer el velo de la ignorancia y tiranía, para trasmitir á la posteridad los patrióticos y luminosos discursos de Zea.

Tan pronto como llegó, fue nombrado Intendente, Consejero de Estado y miembro interino del Consejo de Gobierno en la ausencia del Jefe Supremo; y, contribuyendo eficazmente á la convocatoria del Congreso de Guayana, fue también uno de sus miembros más conspicuos.

A poco tiempo de instalado el Cuerpo Legislativo, fue comisionado á Inglaterra en unión del General Vergara, para solicitar auxilios con que llevar á cabo la guerra de Independencia. Ocho meses residió en Londres: fue relevado por Zea, y volvió á Angostura al seno de la representación nacional.

Elegido posteriormente por la provincia de Cumaná para el Congreso colombiano en Cúcuta, por el año de 1821, concurrió á él, y fue su tercer Presidente; y se ocupaba en los trabajos de aquel Cuerpo, cuando el Libertador le destinó, y sin tardanza lo hizo marchar á Caracas, á desempeñar la Dirección de rentas de Venezuela, cuyo empleo sirvió hasta que fue suprimido.

Encontróle el aciago año de 1826 de Gobernador de la provincia de Carabobo, y con lealtad sostuvo la Constitución y el Gobierno legítimo, sin jamás apartarse de la autoridad legítima y del Gobierno.

Apenas había renunciado este destino, que tantos sinsabores le trajo, cuando la provincia de Cumaná le nombró Diputado para la Gran Convención colombiana de 1828. Bien que ya de avanzada edad y de achacosa salud, no vaciló un instante, púsose en camino, y arrostrando molestias mil y acosado de agudas fiebres, llegaba al cabo á Mompox, cuando encontró los miembros que ya se retiraban de la disuelta Convención. Inútiles eran sus afanes: tornó á sus hogares sin haber llegado al teatro donde tantos alcanzaron prez y loor, y tantos otros mancilla indeleble!

Dado á la profesión rural vivía, y al cuido de su familia y fortuna el bondadoso Peñalver, cuando el año de 1831 fue nombrado Consejero de Estado de Venezuela: su salud cada vez más quebrantada le impidió aceptar tal destino.

En el mismo año de 1831 fue nombrado Senador por la provincia de Carabobo: honró su destino aquel año, mas el siguiente fuéle ya imposible.—

Deseos y votos no más podía ya ofrecer en las aras de la patria, el que tan noblemente le había consagrado su vida.

Escasos días le quedaban de una existencia gastada, únicos que consagraba á su familia. Así caminaba al sepulcro, hasta el 7 de mayo del presente año que llegó á su término.

Es de oro el hilo de la vida del hombre virtuoso, y las Parcas nunca debieran cortarlo.—Buen padre, tierno esposo, fiel amigo, Peñalver fue un bello modelo de virtudes domésticas. Cultos eran sus modales, su trato dulce y afable, y su pundonorosa dignidad y apostura, sus caballerescos modales, descubrían al hombre de la buena sociedad.—Padre venerando, repúblico egregio, su nombre lo recuerda el acto más grande del pueblo de Venezuela.—Cooperó á la revolución á presencia de la desastrosa guerra que la siguió, atravesó la grande época de la gloria y de los crímenes, y llegó al sepulcro, puro y sin contagio.—La memoria del malvado atrae sobre su tumda la maldición de la posteridad. A la memoria de Peñalver, lágrimas vendrán á los ojos, y al corazón nobles recuerdos.

Caracas: 25 de julio de 1837.

(Tomado de *El Liberal*, de Caracas, de 25 de julio de 1837, número 63.)

CARTA DE BOLIVAR

Guayaquil: 30 de mayo de 1823.

Señor Don Fernando Peñalver.

Mi querido Peñalver:

He recibido ayer una carta muy amable de usted en que me dice que yo lo tenía olvidado. ¿Puede usted creerlo? no, amigo, yo no olvido á usted nunca, porque usted es el mejor hombre, el mejor ciudadano, y el mejor amigo. Jamás me olvidaré de los excelentes consejos que usted me ha dado en todo tiempo: consejos que casi siempre he seguido con provecho y gloria. Usted sabe que usted fue el que más me animó á instalar el Congreso de Angostura, que me ha dado más reputación que todos mis servicios pasados, porque los hombres quieren que los sirvan al gusto de todos y el modo de agradarlos es convidarlos á participar del poder ó de la gloria del mando. Yo sé muy bien que usted contribuyó al entierro de todos mis enemigos que sepulté vivos en el Congreso de Angostura; porque desde ese día se les acabaron el encono y los celos; por cierto que usted me aconsejó tal paso. También me acuerdo que el año de trece, en medio de la gloria de nuestras armas, usted me aconsejaba como

un Néstor: entonces sólo usted me dijo la verdad pura y limpia, sin la más pequeña mezcla de lisonja; los demás estaban deslumbrados con los rayos de mi fortuna. Así, respetable amigo, usted es el más benemérito de mi corazón.

Los negocios del Perú me tienen loco. Hemos mandado seis mil hombres de refuerzo y no los he llevado yo mismo por no faltar á la ley; espero el permiso del Congreso para hacerlo, y mientras tanto estoy levantando un nuevo ejército de reserva. El enemigo está muy fuerte en esta parte después de haber obtenido dos grandes victorias en Ica y Moquegua. Sus Generales son soberbios, tienen recursos y posiciones admirables. Nosotros tenemos doce mil hombres, la plaza del Callao, la capital, Lima, dos provincias y una marina regular, pero todo eso cruzado por mil dificultades y partidos. Dicen que sólo yo puedo mandar en el Perú y por lo mismo me llaman el pueblo y el Gobierno.

Carecemos de caballos y de dinero, porque los gastos son infinitos en este país, el más caro del Universo, y uno de los que han sido más ricos, sin serlo ya á causa de la guerra.

Tenga usted la bondad de escribir al General Páez muchas expresiones de mi parte, dándole noticias de mí y de las cosas del Perú, para que sepan por allá cuáles son las justas causas que me tienen en el Sur, no sea que se persuadan que yo prefiero este país á Venezuela, como algunos lo dicen tan injustificadamente.

También espero me escriba usted todas sus cuitas ó sus ventajas, pues mucho, mucho, me intereso por usted y mi país nativo.

Parece que el Congreso se ha reunido con buenos principios; algunos han pretendido simplezas y no han sido oídos porque la mayoría está por la razón y la justicia. ¡Quiera Dios que no cambien de principios estos señores legisladores, porque entonces se renuevan las heridas de la Patria con mayor furor que antes!

Santander está en guerra abierta contra los federalistas, que no creo muy numerosos. Nariño me escribe en todos los correos quejándose de Santander, y toda su defensa la fija en autoridades mías; siempre apoya su conducta con mis opiniones ó con los testimonios que le he dado de mi aprecio. He aconsejado últimamente á Santander que se deje de esta disputa, y á Nariño que venga acá, como él dice que lo desea, porque esto de nada sirve y sí perjudica.

Querría entretenerme con usted toda la vida, pero ayer he recibido una inmensa correspondencia, y á la vez tengo que escribir al Perú dando todas las noticias del Norte.

Soy de usted de todo corazón,

BOLIVAR.

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00032431020